EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII — 1º DE SEPTIEMBRE DE 1904 — Nº 305

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL .....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

FANTASIA. — Por E Pücher

EL PELIGRO DE AMERICA Y EL AUGURIO DE LA POESÍA

—

RUBÉN Darío ha cantado últimamente en alejandrinos hugianos el peligro que la América hispana corre; y asegura que los Estados Unidos, «el futuro invasor» cuenta con todo, menos con Dios.....á quien Darío supone, sin razón, de nuestra parte. Chocano se despulmona embocando y soplando su épico instrumento y responde que la América Latina para defenderse no debe contar con Dios ni con nadie sino consigo propia. La circunstancia de que dos excelentes poetas americanos hayan olvidado un momento los arambeles líricos colgantes del peplo de la musa para alertar á la gran patria común, prueba el progreso cumplido en los espíritus por aquellas voces que Zumeta, Vargas Vila y el que estas líneas traza empezamos á dar en América, años atrás. Bastaría que en nuestros pueblos prestaran oído á las voces húnnicas de la avalancha nórdica, para sacarnos del espíritu nuestra alegre inconciencia. El señor F. H. Gidding ha sido el último, cronológicamente, en demostrar que dadas las necesidades económicas, los caracteres étnicos y las ideas directoras de su pueblo «la expansión territorial de los Estados Unidos era un hecho tan cierto como el arribo de la primavera después del invierno». El convencimiento, pues, de nuestro peligro, ahora inminente, llegará á todas las conciencias de América, gracias á Darío y á Chocano, ya que entre nosotros las cosas para que lleguen al alma popular no deben decirse sino cantarse. No importa! Cantadas ó no, las verdades deben circular, sobre todo si se trata de una verdad de vida ó muerte. Aceptada ya la idea del peligro, la opinión se divide en dos para conjurarlo; y estos poetas representan las dos tendencias: Darío, la de los conservadores, que consiste en esperarlo todo de Dios; Chocano la liberal y razonable, que Zumeta cristalizó en esta ironía: *el hierro fortifica.*

La teoría de Rubén Darío apenas merece refutación: es la añeja teoría maleante que ha perdido á tantas gentes. Con Dios contaba el bíblico Krüger y su pueblo ha desaparecido; con Dios contaba la católica España y su bandera fue barrida de sobre el mar por cañones protestantes; con Dios cuenta, á Dios invoca el país clerical de los Lamas y ya está viendo la agresión inglesa á las puertas de la ciudad santa de Llassa. ¿Dónde estaba ese Dios que no pudo proteger á su Vicario sobre la tierra cuando las armas triunfadoras de Víctor Manuel y de Garibaldi lo derrocaban del solio, le desgarraban la púrpura, le arrancaban de la cabeza la corona, y confinaban la soberbia y la tristeza de ese vencido á los jardines desiertos del Palacio Vaticano?

Si queremos perdernos sin remisión no tenemos sino fiarnos á Dios, ese eterno aliado de los ricos y de los fuertes.

Otra falta, muy grave para nuestro sentimiento nacional comete Rubén Darío, en su precioso poema. Cuando él quiere recordar á los Estados Unidos las glorias de nuestra América, cita los nombres de Netzahualcoyotl y de Moctezuma; y omite en cambio á los hombres de nuestra raza, á los que han constituido nuestra patria é ilustrado nuestros anales. Rubén Darío escribió estos versos en Málaga, para ser publicados en una Revista española; y débase acaso tal omisión á un exceso de diplomacia. No, querido poeta; cuando se quiere imponer respeto á los enemigos de América, de

la América fragante de Cristóbal Colón,

no puede prescindirse de Bolívar, de Sucre, de San Martín, de Miranda, de Hidalgo, de Santander y de Morazan. Moctezuma y Netzahualcoyotl son también la poesía y la leyenda; pero no la leyenda y la poesía de la América que llamamos Española, sino de aquella tierra que nombraban «Las Indias.» No solamente los que estamos seguros de no tener en las venas sangre de indios, sino aun aquéllos que imaginan poseer gotas de sangre chorotega ó caribe, ¿no debiéramos todos recordar, para infundir respeto, más bien á nuestros padres triunfadores que á nuestros abuelos vencidos? Cuanto á mí, yo no siento ni he sentido jamás la poesía de los Imperios indígenas de América. Juzgaré un poco en esto con el criterio de Monsieur Prudhomme; pero yo prefiero cien veces á Hernán Cortés vencedor que á Moctezuma vencido; y creo cien veces más digno de la Epopeya y la Leyenda á Pizarro cruzando los Andes, con un puño de aventureros, que á Atahualpa cayendo del trono, en medio á la diezmada flor de su imperio.

El señor Chocano en sus versos da varios consejos á Rubén Darío; y entre esas impertinencias líricas hay estrofas de hermosura insuperable, que me complazco en trascribir:

No es, poeta, tu verso de bizantino artista
la yerba que se salva del casco del bridón;
ni es tu gentil defensa la que valer pudiera
más que los inservibles muros de Jericó.

.....

Di tú que todo es culpa de aquella sangre inútil
conque la blanca niere del Ande se pintó;
di tú que en la balanza de tántas delincuencias
igual pesa un Tirano que una Revolución.

Chocano, siempre original, explica, pues, por las guerras civiles la relativa estagnación de algunos de nuestros países. Dos de estos últimos versos son, ó me parecen á mí, hermosísimos; y los otros dos de buena doctrina. Esta buena doctrina puede traducirse en prosa por un apotegma célebre en Venezuela, y que en Venezuela, han hecho para tener el cuidado de no seguir: «El peor de los Gobiernos es preferible á la mejor de las Revoluciones.»

¿Por qué no se empeñará Chocano en desbrozar su estilo y en depurar su gusto? Su inspiración es caudalosa; pero su mal gusto es increíble. El pudiera ser, de entre los vivos, el poeta representativo de América. Y es con el mayor placer que yo he visto cómo se orienta definitivamente su inspiración hacia las cosas de nuestra patria.

Chocano que no quiere ver á Darío trocar la «lira ebúrnea» por *la bronc[illegible]nea trompa que el Épico sopló,»* le aconseja:

Tú, mejor sigue en tu Arte Decadente: es la hora.

¿La hora, de qué? ¿Quiere decir el señor Chocano que á pueblo en decadencia, poeta decadente?

Si tal quiere decir Chocano se equivoca. Primero, América no está decadente; cuando más algunos de sus pueblos yacen en pasajero estado de estagnación. Y luego no es un poeta de decadencia aquel poeta reformador é innovador cuya médula cerebral no es de menos valía que sus prodigios de virtuosismo. Formal ni intelectualmente Darío es poeta decadente.

Antes de él ¿cuándo subió el arte más alto en América? ¿No ha sido él quien ha llevado el verso al ápice? ¿No es el mayor poeta vivo de lengua española? ¿Dónde, pues, la decadencia?

Lo que pasa es que Chocano juega con la palabra decadencia como Darío con la palabra Dios.

Pero, ¿de dónde le viene á Darío, que es un pagano, este religiosismo de nuevo cuño? ¿Será tributo á una efímera moda? ¿Será mero snobismo? ¿Será que el arado del tiempo ha surcado su alma como su rostro? Que sea debido su deísmo á la acción de los años y á los pueriles miedos de ultratumba, es quizás lo más cierto. Ya Darío no es más joven. La nieve de los años platea su barba castaña. Y no es sin amargura que él nos dice á los hombres arribados á la treintena: «jóvenes»! Más que viejo Darío es hombre que ha hecho uso de la vida; y la vida, ya usada, no resplandece con aquel flameo de juventud. Afortunadamente son las ideas, ciertas ideas, las que vacilan haciendo plaza á vanas aprehensiones teológicas. Por lo demás, fue tan maravillosamente organizado este hombre para el canto, que la música no se reciente de la avería del instrumento.

Habrá dos años, Darío respondió á una *enquête de La Renaissance Latine* asegurando que el atraso relativo de nuestra América se debía, entre otras razones, al desprestigio de la lengua española y al demasiado apego á Roma. Hoy en sus versos á Roosevelt, Darío señala como timbres nuestros el que América,

aún reza á Jesucristo y aún habla en español.

Y á Rubén Darío, que es un maestro, no puede recordársele aquéllo de:

Fuerza del consonante, á lo que obligas:
á decir que son blancas las hormigas!

No. Rubén Darío prestidigita con la lengua como un juglar con sus puñales: sin herirse.

El sabe exprimir como ninguno todo su pensamiento y sólo su pensamiento. Y eso que el pensamiento de este gran poeta, orgullo de América, tan culto y tan artista, está lleno de sutilezas y de matices.

Tampoco cae ahora Darío en contradicción con sus opiniones de ayer. Lo que pasa con los poetas, con los verdaderos, es que razonan y ven las cosas, no sé si mejor ó peor, pero de distinto modo al común de los simples mortales. Para un poeta la lógica es el mayor absurdo. Lo que puede pedírseles es que sean sinceros, leal, brutalmente sinceros cuando opinen. Y yo juro que Rubén Darío fue sincero y creyó de buena fé lo que dijo ayer en prosa francesa y lo que hoy canta en verso castellano. Estas dos opiniones no se destruyen por contradictorias; y si se destruyen no importa! La sinceridad del momento es lo que se debe. Lo demás no tiene importancia.

París, 1904.

R. BLANCO-FOMBONA.

PRIMERA NUBE DE VERANO. — Cuadro de J. Berger

VOCES DE OTOÑO

—

Con toda la tristeza de las lágrimas
ruedan del árbol las marchitas hojas,
¡con toda la tristeza de las lágrimas!

Un viento helado en la heredad salmodia
cosas dolientes....Cinerarias nubes
cruzan siniestras la celeste comba....

Cada lirio que cae de su tallo
me finge una ilusión que se desploma,
¡cada lirio que cae de su tallo!

¿ Dó están las golondrinas pïadoras
que formaran su nido alicatado
entre las madreselvas rumorosas?

Huyeron, cual mis dulces alegrías,
con raudo vuelo hacia una tierra incógnita!
¡Volaron, cual mis santas alegrías!

Indefinible melancólica
está la selva, la vetusta selva,
que oyó del hacha la canción sonora
en tardes plenas de fragancia y lumbre....

*

Sus macábricas rondas
traza un vampiro en mi silente estancia,
sus macábricas rondas.

¿Será el vampiro odioso,
será el vampiro la errabunda sombra
de alguien que ha muerto y que piedad suplica?

*

Un crepúsculo lúgubre decora
el horizonte: lívido crepúsculo
hecho como con pétalos de rosas

mustias y con palores de cadáver.
¡Oh, cuán raro crepúsculo! ¡Oh, cuán triste
crepúsculo!....

*

Las altas torres góticas
del templo secular, sus férreas cruces,
hacen soñar con épocas remotas.

Épocas en que ilustres paladines
segaban el laurel de la victoria
en pugnos inmortales....Bellos tiempos!

Tiempos en que la fe—casta magnolia—
henchía los creyentes corazones
con su fina fragancia deliciosa....

*

Como un velo suavísimo de lino
la niebla arropa los distantes cumbres,
como un velo mirífico de lino!

Es tan blanca esa niebla, que provoca
hacer con ella vaporoso traje
para ofrendarlo á alguna dulce novia!

¡Es tan blanca esa niebla, sí, tan blanca
como el rostro sereno de una diosa,
como el alma purísima de un niño!

*

Mas esa nube trémula que asombra
mi fatigada y pensativa frente,
esa trémula nube ¿qué pregona?

Que una indecible intensa pesadumbre
á mi agitado corazón se enrosca
cual brava sierpe al ulcerado tronco....

*

¡Oh musa del Idilio:
ven!
¡Ya es hora!
Posa en mi sien el nacar de tu mano,
une á mi boca el cáliz de tu boca,
y hazme soñar con claras primaveras
de azules cielos y purpúreas rosas....

AUGUSTO MENDEZ-LOYNAZ.

CASTIGO DE UNA CANTINERA. — Cuadro de Delahaye

UNA OBRA DE JOSÉ L. ANDARA (*)

—

Pontífice máximo de la duda fue Renán. Su obra entera es la historia más completa que en nuestro siglo se ha escrito acerca de tal doloroso estado del espíritu. Pontífice he dicho, y con razón, pues no cabe llamar de otro modo al que en una de sus meditaciones resume todo su pensamiento observando «que si una sociedad, si una filosofía, si una religión hubiera poseído la verdad absoluta, esa sociedad, esa filosofía, esa religión habría vencido á las demás y viviría sola en el momento presente.»

Alguna vez, sin embargo, el filósofo y exégeta se desmiente á sí mismo; alguna vez justifica el siguiente parecer de un eminente psicologo de su nación:—La humanidad no vive sino de afirmaciones.

Efectivamente, en uno de sus libros, quizás el más bello y encantador de todos, *Mi Infancia y mi Juventud*, se leen estas breves y trascendentales palabras: —El fin supremo del mundo es el desenvolvimiento del espíritu;

No sentís en ellas, no veis claramente en esa momentánea actitud de su grande alma cambiante el ardor, la fuerza y la vehemencia de que se alimentan las convicciones absolutas?

Tal gesto mental no puede menos que sorprender en quien, á juicio del sutilísimo César Zumeta, afirmaba con los labios y negaba con los ojos.

El fin supremo del mundo es el desenvolvimiento del espíritu;

En verdad que si el destino de nuestra especie no fuera ése, nos veríamos en grande apuro para averiguar cuál pudiera ser.

¿Pero cómo ha venido realizándose en la vida de la humanidad esa tendencia de elevación y de progreso?

Enunciado en estos términos, el tema es trascendental, de una amplitud inmensa. Pierde, empero, ese carácter con sólo substituir en la fórmula, el factor humanidad por el de individuo. Así, es susceptible de ser examinado casi en un par de líneas, que es lo que ahora intentaré á fin de darle á mi pensamiento en esta parte una base sólida y firme.

En su aspecto intelectual, paréceme que nuestra personalidad crece y se desarrolla por dos modos bien distintos. Realízase unas veces sin salir de sí misma, por su propia iniciativa; y también influenciada por otros espíritus. En el primer caso, se produce el fénómeno de la energía cerebral transformada en espíritu de investigación y de crítica; en el segundo, la misma energía cerebral, esto es, la entidad pensante, se pliega y se orienta en la dirección mental del espíritu que ha obrado sobre ella por medio de la palabra, escrita ó hablada.

Ideológicamente considerados, nos debemos á nosotros mismos y á los demás, con lo cual se afirma que nuestro criterio, general ó particular, ya verse sobre la fenomenología infinita constitutiva del universo, ora sea él relativo á cualquiera materia de orden puramente especulativo es, en parte libre y espontáneo, en parte determinado y sugerido.

Mayores esclarecimientos del punto en referencia júzgolos innecesarios, pues casi tengo la seguridad de que idénticas observaciones habrán hecho cuantos frecuenten con alguna asiduidad la grave y selecta sociedad de las ideas.

Mas si ellos se me pidiesen, no tendría más que convertir la mirada al propio archivo interior.

Hé aquí un documento, entre los muchos que podría sacar á relucir, y al cual atribuyo no escaso valimiento.

Cuando aún me era desconocida la obra del insigne filósofo y sociólogo que Inglaterra tuvo la desgracia de perder el año anterior, Spencer, mi concepto acerca de lo que debe ser la historia era en verdad bien pobre; porque á todas luces que lo es, conceder el primer puésto en sus rela-

(*) **Historia de América.—La Evolución Social y Política de Venezuela.—Tomo I.—La Colonia.**

JAPONESES Y COREANOS: Habitantes de una aldea coreana, al paso de un destacamento

ciones á los hechos militares y hacer poco ó ningún caso de todo lo demás.

Indudablemente que quien omitiera en su relato los sucesos de carácter épico, mutilaría una porción considerable del pueblo cuya vida cuenta; pero precisa reconocer también que en la evolución social de las naciones, el genio de la raza objetivase cada día en cosas tan importantes como pueden serlo las batallas de la guerra.

¿Qué diríais de la geografía de un país en que únicamente se os diera noticias de su red fluvial y de su cadena de montañas? ¿Qué calificación tendríais para el tratado de anatomía que no abarcara en sus descripciones el sistema general de los órganos?

A no pensar nada, pensaríais cuando menos que son deficientes, incompletos.

Pues el mismo juicio es aplicable á la historia cuyo discurso no fuere tan amplio cuanto es menester á encerrar todas las manifestaciones vitales del sér colectivo.

A los ojos del verdadero historiador que—dicho sea de paso—lo es aquél en cuya mente resplandece junto con el alto espíritu filosófico de un Taine la prodigiosa lucidez imaginativa que tuvo un Michelet para ver en los misteriosos abismos del alma, para ese historiador, digo, nada hay en la esfera de los hechos que sea merecedor de silencio y de olvido.

Basta recordar su misión para convenir en este aserto.

¿Cuál es ella? No es otra que la de reconstruir con la mayor exactitud y fidelidad posibles el tipo de las sociedades caídas en la fosa de los siglos; pero como los rasgos de ese tipo no se agrupan en una sola órbita de acción, sino que por el contrario andan dispersos por cien campos diferentes, le es esencial para llenar cumplidamente su objeto recorrerlos todos sin excepción, así los elevados como los más modestos, desde aquéllos en que actúan sabios, estadistas, magistrados, pensadores, sacerdotes, literatos y artistas, hasta los que riegan con el sudor de su frente el zafio trabajador de los campos y el humilde artesano de la ciudad.

Y aquí es lo mejor que los labios sitibundos beban el agua de salud y de vida en el claro y caudaloso raudal del glorioso pensador muerto.

En un libro cuyo texto debieran aprenderse de memoria todos los que tienen bajo su cuidado la educación y la enseñanza de las generaciones, enumera él todas las materias que debe contener la historia para que su estudio sea útil y provechoso.

Un poco extensa es dicha enumeración; pero aun así, la trascribiré íntegra, creyendo como creo que la alteza y significación del dictamen me excusará en esta vez de no tributar á la brevedad.

—Lo que realmente nos importa conocer—escribe—es la *historia natural* de la sociedad. Necesitamos todos los hechos que nos ayuden á entender cómo una nación ha crecido y se ha organizado. Entre ellos désenos cuenta de su gobierno; pero hablando lo menos posible de los hombres que mandaban y todo lo más que se pueda acerca de los principios, métodos, preocupaciones, corrupción que lo caractericen. El relato no sólo debe referirse al modo de ser y á los actos del gobierno central, sino también á los gobiernos locales, hasta sus últimas ramificaciones. Désenos una descripción paralela del gobierno eclesiástico: de su organización, su conducta, poder y relaciones con el Estado y de su ceremonial, credo é ideas religiosas, no sólo de aquéllas nominalmente creídas, sino así mismo de las que en realidad lo eran y formaban la conducta de las gentes. Que se nos informe al mismo tiempo sobre el dominio ejercido por ciertas clases sobre las demás, según lo atestiguan los acatamientos sociales, los títulos, salutaciones y fórmulas de tratamiento. Dígasenos cuáles eran los usos y costumbres que regulaban la vida del pueblo, dentro y fuera de sus hogares, incluyendo lo concerniente á las relaciones entre ambos sexos, y la de los padres para con sus hijos. Que se nos indiquen cuáles eran las supersticiones corrientes, desde los más importantes mitos hasta las hechicerías vulgares. Debe seguir á esto una explicación del sistema industrial, mostrando hasta qué punto llegó la división del trabajo; cómo estaban reguladas las industrias, si por castas, gremios ó de qué modo; cuáles eran los medios en uso para la distribución de los productos, las vías de comunicación, y la moneda ó signo representativo de los valores. Junto con esto deben dársenos detalles sobre las artes industriales, técnicamente consideradas, indicando los procedi-

mientos acostumbrados y la calidad de los productos. Además, ha de presentarse el estado intelectual de la nación en las varias categorías sociales; de igual modo se ha de mostrar el grado de cultura estética, según lo manifiestan la arquitectura, escultura, pintura, trajes, música, poesía y novelas, etc. No deberá omitirse un cuadro de la vida diaria, en el cual se mencionen los alimentos, habitaciones y pasatiempos. Por último, para unir el todo, debe exponerse cuáles fueron la moral teórica y práctica de todas las clases, tal como resulta de las leyes, usos, proverbios y acciones....»

Como se vé, media una inmensa distancia entre este concepto de la historia y el que expuse anteriormente. Allá se nos presentaba un solo aspecto de la civilización, una face determinada del edificio social: aquí es todo el edificio y toda la civilización lo que podemos contemplar.

Desalienta casi la enorme masa de dificultades que hay que vencer para, desde tan elevado punto de vista, cimar felizmente trabajos de este género.

Por supuesto que esas dificultades no son las mismas en todas partes. Varían de acuerdo con el grado de cultura y de progreso que hayan alcanzado las sociedades. El historiador de aquéllas que llevan largos siglos de estabilidad y de orden interno, lo cual ha permitido á los poderes directivos integrar documentariamente en museos, archivos y bibliotecas la fisonomía de los tiempos que fueron, tropezará á no dudarlo con menor número; pero ellas crecen y se multiplican hasta lo infinito en las colectividades incipientes y cuya existencia ha corrido en medio á las agitaciones desconcertantes y estériles de perennes tormentas revolucionarias.

Esta es la causa principal y no falta de aptitud intelectiva, como pudiera suponerse al primer momento, de que nuestra literatura histórica, en particular la concerniente al pasado, no satisfaga las múltiples exigencias de la doctrina spenceriana.

Eximia por el estilo en que está escrita, estilo que por su tersura y pureza nada tiene que envidiar al de Solís en su *Historia de la Conquista de Méjico*, y que mereció de un eminente letrado colombiano el excelso calificativo de cervantesco, la obra de Baralt con toda la excelencia de los juicios y observaciones que atesora, deja, sin embargo, mucho que desear.

Ni podía ser de otro modo, si se tiene en cuenta que sesenta años atrás, fecha de su aparición, aun en la misma Europa vestían mantilla las ciencias históricas. Casi es de la misma edad la obra inglesa á que me he referido en estas líneas.

Es clarísima credencial de honor de mi eminente amigo el doctor Gil Fortoul, haber sido el primero que en Venezuela aplicara el método científico al estudio de los fenómenos sociales y políticos.

La noción de causa, en efecto, brilla y resplandece como un sol en su bello libro *El Hombre y la Historia*. Se explica en él nuestro presente modo de ser, haciendo previamente una seria y concienzuda indagación en los factores permanentes de toda evolución social, son á saber: los medios físico y etnográfico.

No es posible dejar en la sombra, ahora que se distribuyen coronas, los nombres de los doctores Lisandro Alvarado y Pedro Arcaya, esclarecidos triunfadores de la legión que ha luchado y lucha por entronizar en la patria el Espíritu Nuevo. Inteligencias sagaces y amamantadas á los robustos pechos de la ciencia contemporánea, nuestra bibliografía les debe, al primero, cosas tan buenas como su estudio sobre la tragedia parlamentaria del 24 de enero, y al segundo, la investigación más sutil y más honda que hasta hoy se ha hecho en el alma titánica del Libertador.

En ambos trabajos, la fecunda y potente virtualidad del método indicado arroja un haz de claridad reveladora en la etiología del delito y en las raíces de la portentosa psiquis.

Con el libro que acaba de publicar, José L. Andara, escritor de reconocida capacidad y bastante notorio en nuestro mundo político, ha profundizado el surco abierto en nuestra literatura por el primero de los tres pensadores citados.

Ello era de esperarse en quien, apasionado por inclinación natural á esta rama de la sociología, tuvo además el buen juicio de poner bien lejos de sí el punto en que se proponía clavar la bandera de su gallardo pensamiento.

La consecuencia principal de esto fue que desde un principio se hizo inaccesible al ardor y á la fiebre que invariablemente prenden en el ánimo un deseo vehemente de acabar pronto la faena que monopoliza nuestras facultades. Sustraído de esta suerte á la impaciencia, enemiga jurada del buen éxito en las lucubraciones del espíritu, ya le fue posible esperar á que sus ideas alcanzaran una perfecta madurez.

Esa larga preparación de que hago mérito es lo que ante todo se comprueba á poco de hojear el volumen dado á la estampa, primero de los cuatro que componen la obra.

No deja de ser curioso el caso, pues bien sabido es que á nuestra raza, por fatal peculiaridad de su temperamento inquieto, le es difícil, por no decir imposible, acomodarse á empresas cuya realización exige perseverancia y más perseverancia. Su voluntad es flaca, lo cual hace que se fastidie y se canse demasiado pronto.

Acerca de este particular, el ilustre Taine trae en su *Filosofía del Arte* un admirable análisis, y en el que á seguidas consagra al carácter germánico asienta que «con impresiones menos vivas, el individuo de esta raza tiene el espíritu de continuar y de persistir en toda labor de la inteligencia por áspera y desagradable que fuere. Saben aburrirse, hacer y deshacer.....De donde se origina que sean los más grandes trabajadores del mundo, no igualándoles nadie en erudición, filosofía, investigaciones de laboratorio....»

Aun cuando esa grande y espléndida originalidad de pensamiento echase de menos en nuestro autor, no sería un absurdo suponer, por lo que ya se dijo de él, que hay en su organización anímica más de una fibra tudesca. Pero si la conjetura fuere quimera ó cosa parecida, como todas la quimeras tiene su origen en la realidad, «seda con que se tejen los sueños.»

¿No fue la ciudad de Coro, lugar donde se meció su cuna, asiento del núcleo alemán que por virtud de la concesión hecha á los Welser por el gobierno español vino á estas tierras en són de conquista y de colonización?

Quizás alguno de esos expedicionarios figure entre sus remotos antepasados; y así, todo lo demás se explicaría satisfactoriamente invocando la herencia, para la cual no existen vallas insalvables ni en el tiempo ni en el espacio.

Me fijo en su forma literaria y no puedo menos que subrayar el parecer emitido en las líneas anteriores. Es una forma la suya que nunca jamás se abraza al cuello armonioso y nítido de la suprema hermosura. Ni una sola vez se le ve ir por la ruta esplendorosa que traginara Baralt.

Tal menosprecio por los vistosos arreos estéticos, por las nobles y augustas musas del arte y la elocuencia, es completamente germánico. Uno de los más altos representantes intelectuales del genio de ese pueblo, Kant, externó sus pasmosas abstracciones psicológicas en un estilo detestable. Así lo declara Tolstoy; y un célebre alemán, Schopenhauer, afirma que sus compatriotas se distinguen de las demás naciones europeas por «su negligencia en el estilo....»

Pero á ningún espíritu ilustrado asombrará que al exteriorizar sus ideas, Andara se aleje tanto, se deserte, iba á decir, de su raza, pues ahí está Macaulay, por ejemplo, el cual según observación del mismo Taine en su *Historia de la Literatura Inglesa* «sólo es de su raza por sus preocupaciones morales, su profunda pasión política y su viva adhesión al hecho particular; mas sin titubear le conceptúa latino por la estructura de su espíritu, por su elocuencia, por su retórica....»

No hay motivo de asombro, repito, pues de tales rarezas y peregrinas ocurrencias están llenos los anales literarios.

Malaventurado en el afeite de las cláusulas, pero feliz, casi siempre feliz en las ideas que expresan la mayoría de esas cláusulas.

Quisiera poner al lector en capacidad de verificar ahora mismo la exactitud de este juicio; pero para ello sería menester insertarlas todas aquí, lo cual es poco menos que imposible. Y como quiera que me inspira muy poca confianza el medio de entresacar unas omitiendo otras, opto por abrir espacio á la que, además de revelarnos con antelación el rumbo que seguirá el autor en sus investigaciones, es también poderosa á impulsar nuestro espíritu por los serenos horizontes de la filosofía que descabezó absurdos dogmas teológicos é infecundas especulaciones metafísicas. Dice así:

—«Busquemos y determinemos los elementos que han creado nuestra nacionalidad, fijemos el valor moral de sus influencias y habremos planteado la cuestión en el terreno apropiado. *La naturaleza no da saltos*, y así puede decirse de las sociedades.»

Basta y sobra para comprender que este es un espíritu amplio, libre y fuerte, descendiente por línea recta de esotros espíritus gloriosísimos fundadores de la nueva civilización intelectual. Lo es sin duda quien, al convertir la mirada al medio social que le rodea, piensa inmediatamente en otro anterior, del cual el presente no es sino una lógica derivación.

Extrictamente científico es este modo de considerar la dinámica moral de un pueblo; y á objeto de evidenciarlo, me bastará citar á dos celebridades europeas contemporáneas, el doctor Gustavo Le Bon y W. Bagehot.

LA GALLINA CIEGA. — Cuadro de Chocarne-Moreau

Aquél afirma en su hermoso tratado, *La Civilización de los Arabes* que «cabe considerar la historia de la humanidad como una inmensa trama, cuyas partes se hayan trabadas unas con otras y cuyas primeras mallas datan de los tiempos más antiguos de nuestro planeta. Todo fenómeno histórico es invariablemente el resultado de una larga serie de fenómenos anteriores; lo presente es hijo del pasado y padre de lo porvenir.» El otro, á su vez, declara «que el individuo actual no es sino el producto necesario de los que le han precedido en el pasado y sólo por el estudio de éstos llegaremos á explicarnoslo y comprenderlo suficientemente.» (Leyes Científicas del desarrollo de las naciones.)

Tan absoluto es el señorío que ejerce en la mente del autor la idea de causalidad, tiene tal fervorosa devoción por la doctrina biológica de la trasmisión hereditaria, que cuando estudia la civilización española del siglo XVI dilata su pensamiento más allá del centro en que esta se ha desarrollado, y remontando la corriente de los siglos, descubre sus principios generadores en la tierra que inmortalizaron César y Escipión con sus victorias y Lucano y Petronio con sus versos.

Sabido es que Roma en sus comienzos, fue una pequeña ciudad Estado, cuyo ulterior engrandecimiento y hegemonía en el antiguo mundo lo debió exclusivamente á la espada. Sus legiones acamparon en todas las latitudes, sus águilas volaron bajo todos los cielos, y por ministerio de la fuerza, las águilas y las legiones regresaban al capitolio cargadas con los despojos de las naciones vencidas. Su organización social era la imperante en las comunidades políticas del tiempo. Arriba, en la cumbre de la sociedad, el patriciado, investido con todos los privilegios: abajo, muy abajo, la densa masa de los esclavos y en el centro, otra clase, cuyos miembros estaban privados de todo derecho á desempeñar funciones públicas. Por lo demás, la unidad social, esto es, el individuo, valía muy poca cosa, casi nada, frente al Estado, todopoderoso, señor de vidas y haciendas.

Un pensador justamente reputado, Benjamín Kidd, dilucida sabiamente estos puntos en su libro *La Evolución Social*. De su breve si bien luminosa exposición, copiaré lo que á mi juicio aclare y complemente el rápido esbozo anterior.— «El pueblo romano — dice — consagró siempre toda su energía á realizar proyectos de conquista. El Estado estaba organizado para asegurar el triunfo militar; la ambición más grande de los principales ciudadanos consistía en servirle con sus capacidades bélicas y ayudarle á subyugar á los otros pueblos. La conquista era el objetivo único de esa sociedad. De ninguna manera puede decirse que el hombre libre trabajase en Roma. Batíase y vivía luego del producto del combate. La agricultura y la industria eran practicadas sobre todo, por esclavos, y tenidas en concepto de indignas de un hombre libre. Las clases elevadas despreciaban todo linaje de comercio y habían hecho leyes prohibiendo á sus individuos ocuparse de él. Como es de esperarse en una comunidad militar de esa especie, las relaciones del individuo con el Estado eran la subordinación más completa, desconociéndose en absoluto la libertad individual frente al Estado.»

Andara opina del mismo modo.

Pues por los mismos medios que el pueblo-rey, esto es, por las artes expoliadoras de la guerra y la conquista, la España de Carlos V y Felipe II logró convertirse en un verdadero monstruo político, tan inmensos llegaron á ser sus dominios.

Perfectamente conforme á la verdad histórica es el canto brillantísimo que á esa grandeza consagra el ingenio poético de uno de sus hijos.

No comete el más ligero pecado de hipérbole cuando dice que

Desde la cumbre bravía
Que el sol indio tornasola,
Hasta el Africa, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
No hay un pedazo de tierra
Sin una tumba española.

Pero es del caso observar que no todos los caracteres que presenta la civilización hispana en la éra preindicada fueron inherentes á la civilización latina.

Aquélla va á la zaga de ésta en cuanto que las energías nacionales corren habitualmente por el férreo cauce de la violencia y de la fuerza. No tienen, en verdad, otra válvula de escape que la punta de los aceros fulgurantes.

Aparte de esta forma agresiva y brutal que en ella toma la lucha por la existencia, continúa siguiéndola en muchas cosas más, tales como la tiranía del Estado, la corrupción y el feroz egoísmo de las clases que gobiernan, el espíritu de aventura, el asco que inspiran las actividades pacíficas.

Hasta aquí, y por los hilos misteriosos de comunicación que la naturaleza ha tendido entre la vida y la muerte, sus antiguos dominadores la inspiran, la dirigen, la gobiernan, le dictan, en fin, reglas y preceptos de conducta.

Hasta aquí, digo, porque el factor más poderoso que actúa en el proceso de su decadencia y de su ruina, la intolerancia religiosa, mal pudo heredarla del pueblo cuyas clases superiores llegaron á ser duchas en achaques de incredulidad y de excepticismo intelectual.

Es innegable que sin ser inquietadas ni molestadas por el poder político, mil diferentes formas y creencias religiosas vivieron dentro de las fronteras del imperio; y si un día aquél desató el rayo de sus iras contra el proselitismo cristiano fue, como observa un filósofo, por la tendencia esencialmente altruista de sus ideales, lo cual hería de muerte los intereses de raza, de nacionalidad y de clase, fundamentales en aquel pueblo.

Esa civilización tinta en sangre y coronada del laurel de la epopeya, desdeñosa del trabajo y amante del poder por espíritu de lucro y necia vanidad, fiera de orgullo y sin sentido práctico, mística, idealista y caballeresca, esa civilización de alas recortadas por el absolutismo monárquico y chamuscadas en las hogueras inquisitoriales es la que atraviesa los mares y sienta sus reales en la «Virgen del mundo, América inocente.»

Para decir mentiras, los poetas. Esta que en la copa de oro de su famosa oda nos ofrece Quintana, es colosal.

La verdad es que al arribo del conquistador, la ley moral, si no andaba por los suelos, sufría ya al menos muy graves trasgresiones por parte de los naturales.

Díganlo, si no, sus frecuentes guerras intestinas, las sangrientas hecatombes de víctimas humanas caídas sobre el ara de los sacrificios y luego la horrenda costumbre del canibalismo, practicada por algunas tribus. Además, vicios tan degradantes y afrentosos como la embriaguez y el juego hacían estragos en muchas naciones.

Iníciase la lucha y en el curso de ella se da el caso de que el nivel moral del invasor queda muy por debajo del del poblador autóctono. Con decir que alguna vez la carne humana le supo á delicioso manjar, (Oviedo y Baños) dicho está que la conquista fue una loca y desatentada carrera de los más brutales instintos.

—Crímenes son del tiempo y no de España—exclama bellamente el mismo lírico, citado ha poco.

Todas estas cuestiones y otras no menos importantes, íntimamente ligadas al estado social indígena, (lenguaje, religión, usos, formas de gobierno, relaciones domésticas, etc.) tienen en el autor un tratadista que se recomienda por varias prendas valiosísimas, las más expectables entre ellas, una ilustración difícil de ser superada y un amor acendrado á la verdad y la justicia, «misión suprema de la historia», según sus propias palabras.

Empero no se crea que él haya extraído todo el oro acumulado en el fondo de la mina profunda. Sin embargo de haberle explotado con fortuna, el filón sigue siendo riquísimo. Por soberano que sea el aliento de un espíritu, siempre le faltarán fuerzas para echarse al hombro la ponderosa carga de tan variados y opulentos tesoros.

Si en cualesquiera circunstancias esta sencilla consideración sería poderosa á nublar el ánimo con nublado de pena, ¿cómo no va á serlo ahora que el talento, la discreción y la cultura desfilan á nuestros ojos en gallardo desfile triunfal?

En otra esfera de la actividad intelectual, estas solas cualidades bastarían á que el más brillante éxito coronase los esfuerzos de la inteligencia.

No así en los trabajos de reconstrucción social, como es éste, en los cuales aquél depende á un tiempo de las prendas expresadas y de cierto espíritu de adivinación, ó, como decía Renán, «de la aptitud para ver debajo de tierra y escuchar ruidos que otros oídos no oyen.»

Efectivamente, esta facultad es esencial para la comprensión perfecta de los estados sociales desaparecidos. Es ella la que permite al historiador descubrir en las civilizaciones que fueron rasgos ocultos, matices secretos, líneas veladas; y no se podrá negar que en estas líneas, rasgos y matices, igual que en los aspectos salientes de ellas,—monumentos, artes, literatura, ciencias, instituciones—el alma dejó huellas, ecos y vibraciones.

Unos cuantos documentos elegidos con fino y exquisito tacto suplen en algunas partes de esta obra la relativa incapacidad del autor para ver y sentir la vida que se desliza en el silencio y en la sombra de esos remotos tiempos. Son ellos como clarísimos espejos, á cuyo través aparece, llena de animación, la imagen del antiguo régimen.

Su primer caliginoso período, la conquista, cabe ser imaginada cuando se han leído los fragmentos que inserta del P. Simón y la carta que el célebre Lope de Aguirre dirigiera al rey de España; y el segundo, ó sea la colonia, está vivamente pintada en piezas tan instructivas como el informe del doctor Sanz sobre la educación pública y la representación que el Ayuntamiento de Caracas hiciera al gobierno metropolitano con motivo de la cédula real en que, mediante un puñado de monedas, se concedía á la clase de los pardos, derechos que hasta entonces le habían negado las leyes mismas.

Erudito como éste, de copia igual en la información es el tratado que versa sobre los indígenas. Alimentación, ocupaciones, instrumentos de guerra y de trabajo, relaciones familiares, mobiliario, religión, dialectos, gobierno, moral, de todo eso se habla en él, pero con tanta prisa que los razonamientos no existen, ó si existen son demasiado cortos, lo cual hace que su lectura produzca en veces la impresión de un cuaderno de notas etnográficas y sociológicas.

Idéntico ó parecido reparo provoca el capítulo en que se revista el estado general de la América en los siglos coloniales.

De no serme conocida su modestia, en él ingénita, pensaría que quiso alardear de su saber y suficiencia en la materia. Por todos lados y como mensajeros de esa suficiencia, vienen á nuestro encuentro, unas veces en tropa regular, otras con cierto desorden, datos y más datos, noticias y más noticias.

Mas, como allá, aquí también el análisis anda de capa caída y las meditaciones despliegan muy de tarde en tarde sus labios disertos.

Me he preguntado la causa de esos momentáneos eclipses que sufren sus energías reflexivas, y no acierto á dar con ella. ¿Será—he acabado por pensar—que cuando no se es un genio del pensamiento, la cultura excesiva viene á ser en ocasiones y por causas que se escapan á la observación, uno como tapa ojos de la inteligencia?

Ya para concluir, se leen estas palabras:

—«Hemos visto que en todo el nuevo mundo español así como fueron unas mismas las bases y unos mismos los factores, han sido también idénticos los resultados al cerrarse el ciclo colonial».

Fuera del campo de las ciencias experimentales, las generalizaciones comunmente son erróneas. Esta de Andara lo es por la forma absoluta en que la presenta. Si ella fuera rigurosamente cierta, ¿qué explicación tendría entonces el hecho histórico de que Venezuela estuviera tan atrasada y miserable á tiempo que Nueva Granada, Perú y Méjico eran por la misma época focos de ilustración y emporios de riqueza?

La Colonia! Nuestros padres la conceptuaron mala en todos sentidos. Así, la fiera del odio rugió en sus labios contra ella tremendas maldiciones y fulminantes anatemas. Por cuanto ese odio armó sus brazos para la excelsa caballería de la libertad humana, nosotros, sus hijos, no podemos menos que alabarle y bendecirle. Le bendecimos y alabamos, cierto; pero su vibrante ala de fuego no toca nuestros corazones.

Antes que excecrar ese pasado, antes que profesarle la menor ojeriza, iba á decir, más bien él nos atrae. ¿Cómo no ha de atraernos cuando los gloriosos educadores de nuestros espíritus nos han enseñado que el determinismo universal es la ley suprema que gobierna el mundo de los fenómenos?

Sí, pues, la vida de nuestra especie se rige por esa ley; si en un momento dado de la evolución humana, sus actos, individuales ó sociales, son expresiones motivadas por otros actos anteriores, claro es que sin la inteligencia de éstos, aquéllos serían enigmas indescifrables.

Es la razón de la capital importancia que los intelectuales jóvenes asignamos al estudio del predominio español en nuestro suelo. En las objetivaciones de su alma,—instituciones y leyes, costumbres sociales y políticas,—en la *tem-*

LA VELADA. — Por Joseph Bail

peratura moral de entonces, como diría Taine, palpitan los gérmenes del carácter nacional, alientan y rebullen las fuerzas modeladoras de nuestro sér.

Creyéndolo así, trepamos hasta donde es posible la escala de las causas; y en esa marcha ascensional á las lejanas fuentes originarias, recogemos la visión del encadenamiento de los sucesos y del «lazo de solidaridad que une á las generaciones.»

Sería yo muy cándido si creyera que una obra tan considerable como ésta pueda ser examinada en el espacio de un artículo. Ni un momento siquiera abrigo semejante creencia; y me atrevería á afirmar que el autor, á su vez, tampoco se hace la ilusión de haber dicho la última palabra en materia tan extensa y fecunda.

Porque á la verdad que es imposible, de todo punto imposible hacer en poco más de dos centenas de páginas la historia completa de un orden de cosas que se prolongó por espacio de tres largas centurias. Pero de todos modos, la parte publicada de su obra es una meritísima contribución al estudio del antiguo régimen en Venezuela. Al reconocerlo así, soy absolutamente sincero.

Vengan, pues, pronto los tres volúmenes restantes á consolidar su reputación de aventajado escritor en estas interesantísimas cuestiones de las ciencias morales.

ANTONIO R. ALVAREZ.

Junio de 1904.

HORAS

—

I

TUYAS son, para siempre de hoy más serán las horas de mis nuevos días de luz, de esperanza y de amor.

II

Tuyas, bajo los cielos serenos del ensueño; tuyas, cuando el deber rabioso de una vida,—que en su afán es noble y alta,—me arma con los arreos de la lid; y para tí sola, y para tu pensamiento y tu idolatría, cuando ya no puedo recoger de tus labios las palabras adorables y eternas que sólo ellos saben decir.

III

Avaro del polvo de diamante y oro que llueve bajo mi crepúsculo, lo recojo en silencio ingenuo, y piadoso de mi propia tristura, para palparlo cuando tu ausencia hace infinitamente melancólicas estas horas.

IV

Y así como el poeta quería que fuese su amada al cementerio donde él hubiese de reposar, á recoger de su tumba las flores nacidas en el sitio del corazón, « porque eran las palabras de amor que no la dijo », así también vendrás á leer las frases que de mis labios no has podido oír, porque el tiempo no fue capaz para contenerlas.

V

Cuando quisiste que te llevara flores de pensamiento, las que poseía eran humildes flores é incoloras, tristes para tu alma; y te dije que, en divagaciones de soñador, habían sido plantadas al azar y sin amor, en un boscaje de delirios. . .

VI

Ahora tiene el jardín de tu alma el rocío inagotable de mi ternura, y el cuidado eterno de mi vida.

VII

Si una espantosa catástrofe,—tu indiferencia, —oprimiera un día nefasto la más risueña gloria de mi vida, son esas flores, son las frases tuyas, son mis pensamientos para tí, los que formarán la corona funeral sobre la tumba de mi esperanza. . .

VIII

Pero tu corazón tiene nombre femenino, el más dulce de los nombres de amor, y se llama Piedad: de muerte que venga de él no permitirás jamás que mueran mis quimeras.

IX

Has sido redentora: no en vano llevas nombre de Estrella providente sobre los oleajes encrespados del destino mío!

X

Llueve, y mientras afuera gime la Naturaleza en un largo sollozo, desgranado en lentas

lágrimas, dentro la estancia serena de mi alma se oye el suave rumor de un aljófar que desciende: son tus recuerdos, que caen dulcemente sobre el alma.

XI

¿Cuál de ellos posa el primero su beso perfumado? Llegan todos, del color de las alegres mariposas del poeta: blancos como tu alma, idealmente azules como un ensueño tuyo.

XII

Eran ruidosas las batallas, no eran egregias las victorias de mi vida. Poeta de ella, rimador de un ideal perínclito, no sé qué voz, no sé cuál música triunfal estaba silenciosa en medio del aplauso y la alabanza.

XIII

Un día, el primero de mi resurrección á la esperanza y á la vida, cuando la eterna muchedumbre inelocuente rumoraba al pie de una tribuna su canción lisonjera, tú, en medio á aquel oleaje de aparato inconsciente y rutinario, tú alzaste la voz himnica de redención en estrofas inmortales, y encendiste la luz de mis caminos en tus ojos brilladores.

XIV

Eras, sobre el mar tumultuario de mis vanos afanes, la estrella conductora, que se levantaba en una radiación triunfal, sobre los tumbos volubles de la muchedumbre.

XV

Has visto cómo, á tu presencia no queda á la rudeza de mi vida debatiente, ni un gesto de su arrogancia adusta, ni un acento de su voz airada.

XVI

Has sido ingenua y buena, como alma gemela de la que á tus plantas he depuesto, para decirme cómo comprendías que mientras hablas, leo en tu rostro los pensamientos de tu espíritu milagroso y recojo de tus labios las emociones de tu inmenso corazón.

XVII

De tu progenie y de tu raza te correspondió magna herencia hechicera del siglo hidalgo y galante en que fue la conversación diosa y orgullo de encantadoras duquesas y de gentilísimos pajes.

XVIII

Posees el milagro dulce y glorioso de la dicción impecable y de la expresión inaprendible.

XIX

Naturaleza te quiso tan intensamente, que puso en tu alma y en tu sér los dones más cariñosos y exquisitos, y eres delicada y noble de pensamiento y llena de alteza, tan sencillamente como es cálido y luminoso el sol, como son fragantes las esencias, como es melodiosa la garganta de las aves.

XX

¿Quién se lastimaría de que te comprenda y ame el alma de quien mide sin dolor la magnitud de todo lo grande, y contempla sin tristeza el prodigio de todo lo bello?

XXI

¡Desventurada si hubieras sido el ideal y el ídolo de un espíritu infeliz, insensible á la noble, la alta, la eminente excelencia que se contiene en esta sublimidad: el alma!

ELOY G. GONZALEZ.

CRISTELA É HILARIÓN

—

Un centenar de casas de teja y tapia en torno á una iglesia, forman el núcleo de la Parroquia foránea C; pero no son las casas, aunque las hay más bajas y más altas, de remoto tiempo colonial, con espaciosos patios, donde lujuriosos los rosales todo el año se desgajan bajo el peso de sus múltiples botones y enloquece la voluble reseda con su aroma penetrante; ni aun la iglesia, que es de cal y canto, el orgullo de sus moradores, sino sus campos de jugosa entraña. C. es un terroncito de tierra, rico como él solo. Si no que lo diga el mercado de la ciudad, donde, con el alba, van llegando los asnillos del lugarejo, cargados á cual más con los frutos de aquella tierra. Porque de allí es, según sus moradores, el ñame más poroso, la yuca más fina, los jojotos de más granos, las vainitas y las alverjas mejores de cuantas se guisan en la República. La fama y nombradía de sus productos es tal, que á sus vendedoras, verduleras y recoveras, no se las nombra á secas «Juana» ni «Petra,» sino añadiendo el de la parroquia: lo que ellas no llevan á mal, aunque no fuera ésta la intención, pues le tienen en mucho, como timbre de honra para la casta. En el mercado, sitio tienen aparte: todas como en familia se agrupan, que así es de hondo el amor por el terruño. El parentesco, el olor de familia, es tan rancio que á leguas se las distingue, entre mozas y viejas, por su indumentaria, pues no se apean el sombrero de cogollo, ni truecan el fustán y la camisa con su correspondiente pañuelo de colores vivos y chillones á modo de buche sobre el seno, por otros de corte y prendidos á la moderna.

A más de frutos menores, de verduleras y recoveras de nombradía, posee la parroquia las más hermosas haciendas de café, los cañamelares más lozanos; en todo, lo mejorcito de cuanto se asolea del «Llano de Miquilén á la cuesta pelada de auyama.» Por consiguiente, es aquel terrón en donde se encuentran los cuatro labradores acomodados, desde el simple conuquero en los laderones de la montaña, al urbano y sociable propietario que gasta su renta en la ciudad y sólo de temporada viene á su rica heredad en busca de salud y reposo. En el apacible término medio, entre los que trabajan por sí su campo, sin aprietos ni afanes y cabeza son de la parroquia, se encontraban los padres de Hilarión y los de Cristela; dos familias, las cuales á pesar de sus muchos años de estar enclavadas allí, apenas si se saludaban, por más que á sus labranzas tan sólo las dividía una acequia abundosa en invierno como pobre en verano, y una hilada de sauces entecos á fuerza de servir de estantes al alambrado de púa; valla tangible para asnos y bueyes, vacas y terneras. Teníanse Hilarión y Cristela, como sus padres, por enemigos; cuando niños mostrábanse la lengua de una heredad á otra; y luego, cuando comenzó ella a ser una mujercita y él un mozo, saludábanse como para salir del paso; pero en la hermosa mañana del florecimiento de sus almas, se vieron con unos ojos con los cuales nunca se habían visto: con los ojillos parleros y traviesos del amor. Desde entonces, sin él decirle siquiera: «qué buena cara tienes, Cristela!...» «¡qué frondosos cabellos!» y ella á él: «¡qué plantaje el tuyo, Hilarión!», hacían todo lo posible por tropezarse los domingos al salir de misa, cuando ella lucía su traje cortado en la ciudad y él lo mejor de su percha.

Como de una heredad se veía cuanto pasaba en la otra, á Hilarión, ahora más que nunca, se le encontraba entregado á sus faenas agrícolas, como á Cristela, en los claros que dejaba el grupo de frutales que sombreaba la casa. Si un asno ó una vaca, tras de lo verde, traspasaba algún lindero mal cubierto de las labranzas de Hilarión, éste en vez de echarle á palos, según costumbre, arreábale bondadosamente con una rama, puestos los ojos hacia el sitio donde se imaginaba debía hallarse Cristela. Veíanse, pues, de continuo, y dejaban á sus ojos decirse lo que ellos se hubieran dicho de boca á poder arrimarse el uno al otro; lo que por no causar un disgusto á la joven, se había guardado Hilarión de poner en práctica, aunque el amor le aguijoneaba. Mas, lo imprevisto trajo de la mano la ocasión: sin pensarlo, en la tarde de un domingo se encontraron entre una caravana de mozos y mozas de la parroquia, quienes habían proyectado una como gira campestre á una hacienda cercana. ¿Fue la casualidad ó la malicia juvenil de los amigos, la que puso á Hilarión en camino de realizar sus deseos? No es cosa de averiguar, pero es lo cierto, que á poco de dejar tras sí el lugarcico, Hilarión se fué arrimando á la joven hasta formar con ella la más gallarda pareja. Al principio, apenas si se veían de frente los muchachos, y cruzaban uno que otro monosílabo. Ella, encendida como una semeruca ó manzanita de amor; él, recluta como era en aquellas lides, tartamudo, y echándole fuego las orejas.... Pero, la Naturaleza con su inmensa bondad, así como la rebozante alegría en el corazón de las otras parejas, comunicándose á ellos, calmó sus nervios y desató sus lenguas. Así es que aquella tarde, no viviendo sino para ellos, pasearon su amor á través de los campos verdes y lozanos. Alegres y dichosos en aquella dulce hora, se juraron amor eterno y se hicieron mil cándidas promesas. Y cuando el sol se apagaba, dejando tras de sí islotes de coral con ensenadas y farallones de fuego en un terso y sedoso mar de lilas y violetas, tristoños, ya de vuelta en la primera calleja del lugar, miráronse á los ojos y se estrecharon las manos en un adiós que, á poder durar, hubiera durado toda la vida!....

—

Por esa migaja de dicha, cuántas lágrimas derramó Cristela y cuánto denuesto llovió sobre Hilarión! Los padres de la niña, hicieron algo peor que un crimen de lo ocurrido, y fue cosa de nunca acabar el sermoneo paternal. A Hilarión, por parte de los suyos ¡qué retreta de injurias! y al replicar, por milagro no le astillaron una vara en las costillas.... Desde entonces, vanos fueron los esfuerzos de los amantes por tornar á verse. A Cristela, sus padres la guardaban bajo siete llaves. Ni á la arboleda á tomar el fresco, ni al jardinillo á tomar el sol, ni aun al soportal á recrear la vista contemplando el campo ó viendo alejarse á los transeúntes por la animada carretera, permitían á la joven. Ambas familias se veían ahora con peores ojos que

BEETHOVEN. — Por Wulff

antes. Si á Cristela la sorprendían llorando sus padres, se enfurecían contra sus vecinos, y, dando rienda suelta á su encono, se expresaban de ellos en estos términos: « Era,—decían,—no tener vergüenza aquel Hilarión, en poner los ojos en Cristela, la prenda de ellos! ¡Oh! ¿Qué se estarían pensando?....(los vecinos). Que ellos habían criado á la niña para decirle á Hilarión: aquí tienes la hijita, nieto de jurungo Remolacha, de aquel jurungo sucio y remendado, el cual, en su perra vida no había gastado más ropa, que la que trajo de su tierra! Porque tal era el abuelo de Hilarión, un jurungo, que se había presentado con una sola muda de ropa, gruesa como un cuero, desteñida y remendada y con unos zapatos llenos de clavos. Un hombre de malísima catadura, un fugado de Cayena, á quien todo el mundo cerraba la puerta y miraba con temor, pues llevaba dibujada en una mano un ancla con tinta azul y en el pecho un corazón atravesado por un puñal. Y el nieto de semejante jurungo, el que de aguador se había hecho hortalicero y amo de tierras y malviviendo con una mulata, había procreado aquella cepa, era el que se atrevía á poner sus ojos en Cristela...!!! ¡Como que si todavía no estuviese viva la facha de jurungo Remolacha, en todos los habitantes de la parroquia!!....

Si así se despepitaban los padres de Cristela, los de Hilarión, cuando éste se sentaba á la mesa y hacía asco á la comida, ó contestaba en mal humorado tono á sus observaciones, ciegos de ira, cargaban contra sus vecinos: La culpa la tenían aquellos patarucos; pues que, los padres de Cristela ¿quiénes eran, sino unos nietos de isleños, piojosos y brutos como ellos solos? Sí; el abuelo era un malojero, el que, nombrado mayordomo de una hacienda, había ido apañando las tierras de sus amos, hasta quedarse con ellas. Y no solamente eso, ¿aún no estaba vivo el recuerdo de doña Mariquita, su mujer, con su sombrerito de paja, su pañolón de Manila y su cesto de legumbres en la cabeza? Avara hasta más no poder, pues había dejado casar á su hijo con una avejorra de la Honda, sobrina de un su paisano, porque le dejaba cuatro matucas de café! Y la hija de esa gente era la que amargaba la comida á Hilarión!!.....

Así, sin compasión, se desollaban tanto la una como la otra familia, siempre que sorprendían á sus hijos amoscados ó pesarosos. Aumentaba con esto su celo y vigilancia, pues á Cristela ni á la misa la dejaban ir, y á Hilarión, sólo al campo, pero con su padre. Y si las madres se tropezaban en alguna calleja, se veían de hito en hito y, á hablar, se hubieran á cual más tupido á desvergüenzas. Sin embargo, el amor de los muchachos crecía, crecía como maizal de sequero tras lluvias copiosas, y de ello no se daban cuenta las mal avenidas familias, las cuales, juzgando haber tomado todas las medidas necesarias á cortar de raíz aquellos amoríos, en el corazón de sus hijos, se reían al pensar en los sinsabores, que cada cual suponía estar padeciendo la otra.

Grande era la confianza que tenían en las medidas empleadas para desunir los corazones. De la una como de la otra casa, con mucho sigilo, habían ocurrido á la curiosa de la aldehuela,—una vieja magra, rota y desaseada y con humillos de bruja,—en busca de remedios para lograr aquel fin. Y buenas onzas de oro había pagado cada cual, por tornar á ver á su hijo cual antes era: sano, robusto y risueño. A Cristela, después de ensalmada, por mandato de la bruja, se la mantenía encerrada en su cuarto, y á Hilarión, se le había dejado en libertad de correr y saltar al aire y al sol, pero, en cambio, se le había dado á comer el corazón de un tucusito, tostado y molido y á beber algunas tisanas adormideras y aromáticas.

Tras los polvillos y la ensalmadura, como por milagro, se había hospedado la alegría en el seno de ambas familias. Los padres de Cristela no cabían en sí de gozo: su niña sonreía y cantaba en su encierro como un paja-

LA TENTACION. — Cuadro de Mlle. G. Achille-Fould

rillo en una rama verde, sin tratar siquiera de alzar el vuelo por más que le dejaban la puerta entreabierta. Los de Hilarión, eran todo alabanzas á la bruja y al poder milagroso del bebedizo y del corazoncillo diseco y tostado, siempre que el hijo por la tarde, se sentaba á la mesa y engullía la cena y se largaba á dar una vuelta por el lugarejo. Mas, una tardecita, cuando el sol doraba las altas cumbres y la brisa charloteaba en el follaje, los padres de Cristela, sorprendieron á su niña subida á una silla, viendo hacia el campo por un boquete abierto en el muro para darle luz y aire al cuarto. Por ahí, á pesar de los muchos sortilegios de la bruja, se veían Cristela é Hilarión, y con ello sanaban. Por aquella claraboya, que como un ojo se abría sobre la esmeralda de las sementeras, el amor espigaba á la hora del crepúsculo.

Esa misma tarde, el padre de Cristela, con tablas y clavos, condenó aquel boquete indiscreto. No hubo más luz para el cuartico; no se divisó más el cielo azul; no se entreveían los campos, y la brisa se quedó para siempre afuera, golpeando suave y desesperadamente á las tablas, por ver de acariciar á la pobre muchacha.

Entonces comenzaron los crueles días. Por seis largos meses, de mañana y tarde, los ojos de Hilarión se esforzaban en adivinar lo que pasaba tras las tablas del boquete. La casa de sus vecinos, silenciosa entre los árboles, parecía estar abandonada. Sólo de lejos veía á los padres de Cristela entregados á sus rústicas faenas, pero de la casa, como una jaula vacía, no brotaba ni un trino que la animara. Seis largos meses, mañana y tarde, pobre Hilarión! rondó en torno de la casa lúgubre y sola. Seis largos meses que hundieron sus ojos, encorvaron sus espaldas y por último le hicieron guardar cama y entecar.

En una mañana seca y templada, cuando la fiebre consumía á Hilarión y deliraba con Cristela, la casa de sus vecinos abrió todas sus puertas; las tablas del boquete vinieron abajo, y Cristela, como una flor marchita, apareció en su jardinillo. Ella también había enfermado. En aquellos seis interminables meses de cautiverio, encerrada en su cuartito, á oscuras, se había ido agotando, como esas plantas de adorno de los salones, de las cuales puede decirse que agonizan durante largos días por hallarse privadas de la luz directa del sol y de los cambios atmosféricos. Tan malita había estado, la pobrecilla, que sus padres habían ido por el facultativo á la ciudad cercana, y éste, al verla pálida y mustia, con sus propias manos había descorrido todos los cerrojos, abierto las puertas y las ventanas y arrancado las tablas del boquete, pues, según su diagnóstico, la niña se moría por falta de luz, de aire y de sol en el propio país de la primavera eterna!....

Todo aquel día lo pasó Cristela al aire y á la luz. Sus padres sonreían y la casa se llenó de contento, porque la niña, como un retoño entumecido, esponjaba de nuevo al sol. Así pasó una semana y luego otra: Cristela á todas horas en el campo, pero sus ojos no se apartaban de la casa de Hilarión, ni de sus labranzas abandonadas, donde prosperaban la ortiga y el chiquichique y abría su cáliz de oro el cardo-santo. Se sucedieron tristes mañanas, tardes lluviosas, días de ardiente sol, y Cristela al no ver aparecer por ninguna parte, por más que atisbaba, á su Hilarión, tornó á languidecer. Una languidez mortal, que hacía prever á cuantos la veían, que la noche la sorprendería en la mitad del día, como á la guaricha de la leyenda. Por último, se resistió á salir al campo, y con las lágrimas en los ojos, rogó á sus padres, ocultaran á su vista aquel boquete, por donde llegaba á ella la luz, la hermosa luz de los campos, resplandeciente y viva, y la brisa saturada de aromas, con fragancia de frutos maduros, de capullos recién-abiertos, de tierra removida, de sordos rumores de colmena, del piar de pajarillos y del balar de cabras andariegas.... «No quiero», «no quiero»—decía—«ni más luz ni más sol.» Y los padres lloraban y le suplicaban, y ella, desde el fondo de su butaca, arrebujada con mantas y pañolones, les decía:—«Traedme el señor cura, que yo muero.»—«Iremos por Hilarión; te lo daremos; será tuyo,»—replicaban ellos acongojados.—«Es tarde, es tarde»—contestaba ella, apagadita la voz, vidriosos los ojos y helada la frente, como que la muerte de paso la había dado su beso nupcial.

Si en los brazos de la muerte se doblegaba Cristela como el lirio sobre las aguas que le vieron nacer, Hilarión, aquel mismo día, á la hora en la cual agonizaba Cristela, acosado por sus incurables padecimientos, en un sueño de amor, viendo á Cristela venir hacia él apresu-

rada, había llegado dulcemente al no ser....!

Pronto, muy pronto, se propagó por la parroquia la triste nueva....! Toda ella estaba pendiente de aquellos amores, y aunque estaba convencida de lo trágico que sería el fin, honda fue la emoción, por la extraña coincidencia de morir los amantes el mismo día y á la misma hora. Aquella noche, por cierto una hermosa noche de plenilunio, cuando ésta, una luna inmensa, deforme, aparecía en el horizonte, como si fuera á caer sobre los campos que enrojecía, los mozos y las mozas de la parroquia iban de casa de Hilarión á casa de Cristela, y les dejaban las mismas flores, flores cortadas apresuradamente aquella noche de plenilunio. Se guardaban los mozos de pronunciar el nombre de un amante en la casa del otro; porque el odio, con la muerte, como una hoguera, ardía en cada casa; pero entre sí cuchicheaban; generosos y nobles, se acordaban para salirle al frente á aquel rencor paterno que había llevado á sus amigos á la tumba; á aquel odio inexplicable, surgido quién sabe si á causa del lindero de sauces entecos ó de la escasez de la acequia, pero que desde lejanos tiempos mantenía aisladas y rencorosas á aquellas dos familias y por último había dado su fruto, aniquilando á dos seres que habían nacido sólo para amarse, extinguiendo así toda dicha y toda esperanza en el seno de aquellas gentes laboriosas y honradas.

Y le salieron al encuentro....! A la mañana siguiente, á la misma hora, en andas, cubiertos de flores, llevaron á sus amigos al cementerio. Y cuál no sería el asombro de unos y de otros deudos, cuando, burlando su odio, al un amante depositaron al lado del otro....! Allí juntitos, según ellos lo habían dispuesto, dormirían por toda la eternidad, Cristela é Hilarión....! A pesar del odio, no le faltarían flores, pues, plantando un rosal, dijeron á una familia: tú le darás de beber; y á la otra: tú cuidarás de que no falten rosas; vigilarás de continuo su crecimiento y desarrollo, y en los días de podadera, acicalarás la planta.....Jamás ha sentido sed el rosal, y tanto en el crudo invierno como en los rigores del verano nunca han faltado á los amantes rosas de púrpura, como la sangre que anima los corazones vivos.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.

EL ALMA DEL BOSQUE. — Por Edgard Maxence

IRIS

A J. M. Herrera Mendoza.

Florece mi jardín; abren las tenues rosas
sus holandas de suaves y riquísimos colores
sobre la hierba; la seda intáctil de las flores
la hilan con luz, amantes mariposas.

Los lirios surgen como almas candorosas
entre los claveles que brillan con fulgores
de incendio; las acacias vierten sus rubores
sobre las violetas que duermen pudorosas.

Los jazmines confunden la sutil blancura
de su estirpe, con el rojo tenaz de la cayena
que á los frágiles miosotis empurpura;

y bajo los eucaliptus—como graves pupilas
que guardan el secreto de su indecible pena—
fulguran, entre sombras, las inefables lilas.

J. I. VARGAS VILA.

INVIERNO

Entre los tonos grises del paisaje,
Desfallece la oscura golondrina,
Después de largo y fatigoso viaje.

Cubre el velo nupcial de la neblina
El crestón de los montes escarpados
Que alzan la frente á la región divina.

Y brotan en los fértiles collados,
Humedecidos por la lluvia helada
Inviolables capullos sonrosados.

El pálido fulgor de la alborada
Se disipa en la bruma de los cielos,
Y está la inmensa soledad callada.

Cuelga el invierno sus opacos velos
En la techumbre del espacio, y flota
Un olor á reseda y asfodelos.

Alzarse quiere hacia la luz remota
Y gime, como esquiva prisionera,
En brazos del dolor el alma rota.

Tornará á sonreír la primavera,
Y sus capullos abrirán las flores
A los destellos de la luz primera.

Entonarán los dulces ruiseñores
Sus alegres baladas voluptuosas
En la tarde feliz de sus amores.

Vivirá siempre el alma de las cosas;
Habrá rumores tímidos y vagos,
Y brotarán de las derruidas fosas
Verdes yedras y tristes jaramagos.

EDUARDO CARREÑO.

REQUIEM

—

El olvido es forzoso.....Lo presiento!
Pero de la pasión que se consume
y exhala ya su postrimer aliento,
gocemos hasta el último momento
y bebamos el último perfume.

—

Ayer el loco impulso, el desvarío
del dulce beso y la caricia ardiente....
hoy, el beso de ayer, es breve y frío!
Como una impura ráfaga, el hastío
hoy pasa por tu frente y por mi frente.

—

Del ánfora de amor apenas brota
una tenue fragancia de deseo:
apuremos, mi bien, la última gota,
y después, caiga el ánfora, ya rota,
en las dormidas aguas del Letheo...

—

La ilusión abandona el templo en ruina...
Apresúrate á oir la voz amante
del pájaro de amor que peregrina:
tiempo es de que la vieja golondrina
por vez postrera en nuestras almas cante.

—

Es tiempo ya!...Mi beso, reina mía,
lo mismo que tu ósculo, desmaya
con la honda y fatal melancolía
de la oscura gaviota en agonía
sobre un peñón de la desierta playa!...

—

Tiempo es ya de vestir negros sayales...
¿Qué nos resta? Un deseo casi extinto!...
Anticipemos los futuros males:
nuestro amor, semejante á Carlos Quinto,
Hoy celebra sus propios funerales.

VÍCTOR RACAMONDE.

FANTASIA

—

El primo albor que en el Oriente asoma
Y alegra del pensil las gayas flores,
El flébil lamentar de la paloma,
Lira con alas y canción de amores;

*

En la puesta del Sol púdica nube
Esposa de la luz que el éter bebe,
Y á la orilla del mar finge un querube
Que el pié á posar en tierra no se atreve;

*

El acorde rimar de los palmares
Que á el alma arroba en un deliquio sumo,
La plegaria que sube en los altares
Del vago incienso en la espiral de humo;

*

Ni el lucero que en alto resplandece,
Símbolo augusto de piedad y calma;
O cuando errante en el azul, parece
Algo así que se ausenta como un alma;

*

El ritmo plañidor que en la piragua
El indio entona, y suspirando á solas,
Dice su eterno adiós, cortando el agua,
A la patria, á los cielos y á las olas;

*

Ni la tromba que en vórtice rugiente
Rota entre duras peñas se desmaya,
Ni la lumbre del faro reluciente
Que el puerto anuncia en la nativa playa;

*

El sordo redoblar de la procela
Y el bólido radiante que detona,
En grata soledad la cantinela
Que el ave agreste en el breñal entona;

*

El bucólico són que en las cañadas
Con su rabel de virgiliana cuerda
Va cantando el raudal, y las lloradas.....
Venturas ¡ay! de la niñez recuerda;

*

Ni egregio paladín cuando arrebata
En la sangrienta lid, palma de gloria,
Ni el eco agudo del clarín de plata
En la pompa marcial de la victoria;

*

La belleza del alma que está dentro
Del corazón, y su virtud destella,
Como limpio fanal en cuyo centro
Con dulce claridad arde una estrella.

*

De soñada beldad la imagen pura
Si en los alcores del Edén nacida
Al secreto placer y á la ventura
Con los hechizos del amor convida:

*

Nada mitiga de la cruel fortuna
Aquel dolor que sin piedad me hiere,
Ni cuando brilla en el zenit la luna,
Ni cuando nace el sol, ni cuando muere.

*

Todo es vana ilusión, todo mentira,
Pudiera yo subirme sobre el Ande
Y allí clamar con retemplada lira:
¡Yo quiero algo mejor, algo más grande!

*

¡Quiero estático ver las áureas puertas
De la gloria, en los ámbitos profundos,
De par en par para el mortal abiertas,
Y á Dios envuelto en su esplendor de mundos!

FELIPE TEJERA.

1904.

FLOR DIABÓLICA

—

Más que á su belleza y á su alma debe á París su realeza. Su dicha y su gloria, de existir, habían sido fugaz y corriente medianía. Sin París, la gran flor Otero, esta gran flor terrible, no habría llegado á maravilla. París vive de esta carne diabólica que su magia espiritualiza, inmortaliza y diviniza. Vástago insigne de la única dinastía sempiterna, la gran flor diabólica cumple su turno aleatorio y resplandece como un sol de lujuria en el viejo trono fascinante. Su reinado, lleno de noche parisiense, prolonga el día anacreóntico que canta la gloria de las princesas muertas, glorifica las liberaciones recónditas y perpetúa la piedad disolvente. Sobre las religiones, sobre las instituciones, sobre la moral, la castidad, la fidelidad, la virtud, abren sus bellos ojos de orgía, ondula la serpiente de sus labios, flamea la tiniebla de sus cabellos, se eleva el bello mármol luciente de su mórbida estatua procelosa, vibra y triunfa su vida como una ingente elocuencia subversiva, en la ruidosa apoteosis del vicio fúlgido y la libertad impúvida. Y en la embriaguez de músicas dionisiacas, Epicuro y Afrodita, armados de tirsos, coronados de pámpanos, ungidos con cremas milagrosas, prenden todas las luces, derraman las gemas, el oro y los perfumes, se hunden en la ola blonda y espumosa, danzan sobre el plexo de flores, gimen y ríen, y unidos en abrazo frenético denuncian la mentira de la vida y proclaman al dios Vértigo.

JACINTO LOPEZ.

ANTÍFONA

á la Excelentísima Sra. Doña María de Herboso

—

Ofrendo á tu belleza
mi voto de sectario;
blanca flor de tristeza
cogida en mi Calvario.

Tributo á tu nobleza
mi verso refractario;
rara flor de maleza
que pongo en tu Santuario;

Salud! á tus manos mensajeras
de paz, que adunaron los colores
de tres grandes banderas;

Salud! á tus generosas manos
de amor, que rindieron los rencores
de dos pueblos hermanos!

J. I. VARGAS VILA.

Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública de Caracas: Escuela Primaria

TIERRAS SOLARES

CÓRDOBA

—

Una modesta estación; un ómnibus que va mal que bien por la calle, sobre baches y fango.

Mal tiempo. Hé ahi mi primera impresión en la ilustre y secular Córdoba. En cambio, los verdes naranjos, en los cercanos jardines, y flores á pesar del tiempo, me resarcieron del inicial desencanto. El hotel en que me hospedo da á la vía principal de la población, la alameda llamada del Gran Capitán, en memoria de aquel magnífico guerrero don Gonzalo, cuya casa natal estuvo por este punto. Cuando la lluvia ha cesado y puedo salir, veo grupos de gentes estacionados en la alameda, el eterno grupo de ciudad española, que conversa y «mata» las horas.

Fuera de este paseo, de que están orgullosos los habitantes, las otras calles son marcadamente típicas, descendiendo de la parte alta de la ciudad á la baja, ó Ajerquía. No he podido menos que tener presente en mi memoria á la amable Córdoba argentina, á cada paso que he dado en la antigua Córdoba andaluza. No es que tengan nada de semejante, fuera del espíritu de la raza llevado por los hombre de la colonia, sino que el nombre imponía el recuerdo, y el haber sido centro de estudio y de saber en tiempos remotos esta ciudad abuela, como esa en no tan lejanos, continuando su tradición en los presentes. No son pocos los pergaminos de nobleza de la patria de Séneca y de Lucano, á la cual un latinista moderno hace declarar sus grandezas en clásicos exámetros:

Illa ego sum quodam latialis gloria Romæ
Cum dedit illa mihi quæ sibi jura dabat.
Inter romanas sum prima colonia facta
Sola que patricio nomini clara fui.
Delicciis fruor ipsa meis Montisque Marian
Ad cujus gremium dotibus aucta cubo.....
Piscosus me Bœtis amat, me argentea cingit
Unda cabalino fonte sacrata magis, etc., etc.

Y vaya esa transcripción de sabios metros en gracia á las dos Córdobas gloriosas, pues la de ese lado del mar también pudiera repetir con ésta:

Mille mihi Senecœ, Lucani mille fuissent
Si mihi Mecœnas unus ab urbe foret.

Decía, pues, que las calles de la población me han parecido de lo más característico, y con razón, pues según la monografía histórico-topográfica de Ramírez, «ni en su dirección ni en su anchura han sufrido alteración alguna substancial desde los tiempos más remotos, y son, por lo general, como todas las de las poblaciones antiguas, estrechas y torcidas, ó poco alineadas, por lo que es cosa digna de reparo que en el centro de la ciudad se encuentren algunas calles de mediana anchura». Yo, ni en Granada, ni en Sevilla, ni en Málaga, he encontrado ese ambiente de antigüedad de esta capital esclarecida y en una época foco, puede decirse, de la sabiduría universal. Y en la estrechez y soledad de las calles, la reja siempre, la ventana propicia al amorío de romance, los patios misteriosos que se entrevén. Si en un lugar, á modo de plazoleta, está el nombre de Séneca, y evocáis la memoria de aquel admirable filósofo y periodista *avant la lettre*, conocimientos mentales no tan viejos se os presentarán en esas casas de las vías angostas, y de las cuales suele brotar, inesperadamente, el eco de un piano. Allí puede muy bien vivir la señorita doña Pepita Jiménez; allá puede estar forjando sus ilusiones el doctor Faustino; y si no, en una ó en otra morada puede haber nacido el ilustre don Juan Valera, porque es sabido que, como Ambrosio de Morales y el gran Góngora, don Juan es cordobés.

De edades lejanísimas quedan en Córdoba huellas cesáreas. De César quedan, cuando después de ser cartaginesa fue romana. Como colonia patricia consta en las medallas y en los libros que fue notable. Y aun afirma uno de sus historiadores que, siendo pretor de las Españas citerior y de ulterior Marco Claudio Marcelo, «la ciudad fue ampliada y ennoblecida con suntuosos edificios, y pare-

Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública de Caracas: Taller de Sastrería

ce se hizo de moda en Roma, por aquel tiempo, poseer una quinta en los amenos campos de Córdoba.» Hoy de aquellas grandezas quedan apenas lápidas, inscripciones monumentales, columnas miliarias, monedas de Augusto en que hay borrosos problemas para los numismatas, y un venerable puente, al que aún sostienen sus pesados arcos sobre el turbio Guadalquivir. Fue goda y luego árabe, y los islamitas la elevaron en verdad á su más alta potencia. Leer esa historia es penetrar en su vida cuasi fabulosa de capital imperial, de un imperio de cuento miliunanochesco.

Hoy queda casi nada en comparación de los antiguos esplendores califales; pero lo que queda, la mezquita convertida en catedral y cuya transformación enoja á todo artista viajero, como D'Amicis, da idea de qué clase de cerebros cubrían aquellos prestigiosos turbantes. ¿Qué sería aquella magnífica Rusafa, ó huerto real, en donde el poderoso Abderramán I, que también, como buen oriental, era profeta, anticipándose al cubano José María de Heredia el viejo, cantó á su compatriota la palmera, entonces extranjera en esta tierra? Y sobre todo, ¿qué escenario como de la historia del príncipe Camaralzamán y la princesa Badura, ú otros príncipes en cuyas vidas se interesaba tanto Dinarzada, no sería la Azhara de Abderramán III, llamada así por el nombre de la favorita del harén? En verdad, pudo venir á habitar el palacio el rey Salomón en compañía de la reina de Saba. No os repetiré los datos algo prosaicos de cronistas cristianos como Díaz de Rivas; pero sí lo que refieren narradores árabes contemporáneos de aquel espléndido califa:

«Las casas edificadas bajo un plan uniforme, con mucho gusto y magnificencia y coronadas de azoteas, tenían jardines plantados de naranjos, y correspondían á la grandeza y suntuosidad del alcázar á que estaban agregadas. En la construcción de este sitio real empleó Abderramán inmensos tesoros.» «Los obreros ocupados en la construcción eran mil, mil quinientas las mulas y cuatrocientos los camellos que conducían materiales. Ayudáronle en la dirección de la obra los más célebres arquitectos de Bagdad, Tosthat y Kaiorán, y de Constantinopla, que le envió su aliado Constantino VI, regalándole al mismo tiempo cuarenta columnas de granito, las más hermosas que pudo encontrar. Pasaban de mil doscientas las de varias clases de mármoles que había hecho traer á gran precio de algunas provincias de España, de Francia, de Italia, Grecia, Africa y Asia. El exterior, así como el interior del alcázar, contra la costumbre de los árabes, estaba hermoseado con el mismo empeño y prolijidad que el resto del edificio, y en el interior se encontraba cuanto el arte, ayudado de la riqueza, puede producir de más bello y encantador. Las paredes estaban incrustadas de arabescos de mucho gusto, las ventanas y puertas eran de cedro adornadas de preciosas esculturas, y los techos pintados de azul celeste y esmaltados de oro.

«Pero como era natural, nada llegaba al primor y riqueza que en el salón destinado para su morada había prodigado el califa. Los adornos de sus muros estaban formados de oro, perlas y otras piedras preciosas, y en varios sitios, según costumbre, se leían aleyas alcoránicas. En una magnífica fuente de alabastro, que estaba en medio de la pieza, arrojaban agua por la boca varios animales de oro, y en su centro nadaba un cisne del mismo metal. Sobre la fuente pendía una perla de extraordinario precio que al califa había regalado el emperador León, de Constantinopla. El retrete donde estaba el lecho de la favorita, se veía cubierto por un artesonado revestido de oro y acero, y sembrado de piedras preciosas; y en medio del resplandor que despedían las luces de cien arañas, saltaba un chorro de azogue, que cual plata líquida caía en un hermoso pilón de alabastro. Sobre la puerta principal del alcázar, se veía la estatua de la hermosa esclava, no sin indignación de los más severos musulmanes, que censuraban la impiedad del califa, que se había atrevido á representar la forma humana, contra el expreso precepto del Korán. Los jardines que rodeaban el palacio correspondían á lo demás en primor y belleza, pues la fantasía más fecunda

Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública de Caracas: Taller de Alpargatería

había prodigado allí cuanto puede lisonjear los sentidos. Bosques de mirtos y de laureles se mezclaban con los olivos, cuyo verdor se retrataba en las cristalinas aguas de los estanques: animales raros vagaban encerrados en jardines dispuestos para este fin, y aves de vistosos plumajes y agradable canto, animaban tan encantadora mansión.» Al suspender esa descripción, no creeríais oír la voz de Dinarzada: «¿Hermanita, quieres contar uno de los hermosos cuentos que tú sabes?» De tales mansiones no se gloría hoy la más soberbia de las testas coronadas, y solamente pueden contemplarse, con ayuda de la imaginación, en las renombradas narraciones que he citado y que ha sacado á la luz y al arte moderno la sabia voluntad y el talento admirable del doctor Mardrus.

Vagando de un punto á otro, y perdiéndome á veces en el laberinto de esas calles orientales, he dado con fuentes, ruinas, un curioso monumento al ángel Gabriel, que según tradición ha librado á la ciudad repetidas veces de pestes, tempestades y calamidades; y por fin encontré lo único que verdaderamente atrae á los extranjeros, la mezquita. En este caso, como en otros, no cabe descripción alguna, pues muchas hay en las guías y en cien libros de viajes. Diré, sí, que me asombró este edificio de fe, como los otros edificios de amor y de guerra que dejaron en su amado Al-Andalus, y que uní mi voz á las mil que han lamentado la vandálica religiosidad de los católicos que creyeron preciso demoler obras de arte y afear el recinto de Alah, para adorar mejor á Jesucristo.

La selva de columnas, la profusión de los arcos, hacen pensar en lo que sería cuando no había tapiadas puertas y la luz penetraba lateral. Se diría una vasta petrificación de palmeras. Y gracias que aún queden joyas arquitecturales y de mosaico cual ese prodigioso mihrab, ó sagrario mahometano, que es la admiración de los conocedores. Aunque hay en la parte de intrusa construcción española, muy notables trabajos, como el coro, el visitante no tiene pensamientos más que para los islamitas que sabían edificar tan bellas moradas de oración. Al entrar, dan deseos de cambiar los zapatos por un par de babuchas, y murmurar que «sólo Dios es grande».

Mientras visito la mezquita, entro en conversación con un caballero norteamericano, que me saca de mis ensueños literarios, dándome noticias de la guerra ruso-japonesa, y augurándome complicaciones europeas. «Todo el mundo está fijo en Inglaterra....»

Así, dejando esas cosas gratas del pasado, voy á lo presente, á la llamativa y práctica actualidad, y parto en seguida para el peñón de Gibraltar, desde donde os diré de cañones, de soldados, de impresiones marciales.

RUBÉN DARIO.

LECCIÓN DE HISTORIA

En la escuela. Pausadamente da las once el reloj del campanario. Es mañana de Junio llena de sol: por las ventanas, que están abiertas, se ve el cielo azul que brilla y rebrilla, y se ven las copas de tres acacias: sus floridos racimos marfileños derraman en el aire el incienso oriental de su aroma, que engendra ensueños y perezas. Se oye el tintinear de un martillo que, en la fragua cercana, cae sobre un yunque. Entra una abeja en el salón de clase, y sale como entró, runruneando con aire de priesa y zumbido de malhumor; los chiquillos levantan los ojos y envían en pos de ella un suspiro añorante; en el aire de fuera, dorada por el sol, la abeja es como una borla de plumón amarilla; desaparece tras el tapial de un huerto.

El maestro es viejo: calvo y de luenga barba color de marfil sucio, tostada como está por humo de tabaco. Arrastra la lección con un supremo esfuerzo de fe decrépita. Y luego el verano es grande enemigo de lecciones; el calor, que es

Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública de Caracas: Sección de Tejidos

vida, cosquillea en los cuerpos muchachiles é incita á los espíritus al dulce vagar. «Míranos, gózanos y no pienses—dicen las burbujas vibrantes del aire hecho luz; —míranos—y acarician blandamente los párpados que al halago se cierran,—míranos, gózanos.... y después duerme.»

Un campanillazo hace eco al sonar del reloj.

—Atención, señores. ¡Una!—Los alumnos se ponen en pie.—Lección de Historia. ¡Dos!—Los alumnos vuelven á sentarse.—A ver tú, Celestino, la lección.

—Oiga usted, don Antonio, ¿por qué dice el libro que la Historia es maestra de la vida?

—Porque enseña á vivir con los ejemplos de aquéllos que vivieron antes que nosotros. Sí, hijos míos, en el ejemplo augusto de vuestros mayores encontraréis segura regla de vida, norma de conducta, carril de actividad; respetad vuestra historia y seguid las gloriosas lecciones del pasado; aprended á ser fuertes, como fueron fuertes nuestros padres y nuestros abuelos; no olvidéis las gloriosas tradiciones; que revivan, merced á vuestro esfuerzo, las edades en que España fue señora del mundo. Ahora, hijos míos, España es pobre y está triste, pero nuestra bandera...

—Señor maestro, ¿por qué hay que saludar á la bandera?

—Porque representa á la patria.

—¿Y qué es la patria?

—El país en que hemos nacido, y por el cual debemos estar dispuestos á morir.

—¿Y hasta dónde llega la patria?

—Contesta tú, Carlitos.

—Por el Norte hasta los Pirineos.

—¿Y qué hay después de la patria?

—Francia.

—¿Y Francia no es patria?

—Sí, hijo mío, patria de los franceses.

—¿Y cuál patria es mejor, Francia ó España?

—Las patrias son como las madres: cada una es la mejor de todas para sus hijos. Pero empecemos. A ver, tú, Enrique, la lección.

—(*Recitando.*) Las tropas, al mando de Pizarro, realizaron la conquista del Perú.

—Señor maestro, ¿qué es realizar la conquista?

—Apoderarse de un país.

—¿Y eso es bueno?

—Es gloria; nuestras conquistas son nuestros laureles.

—Oiga usted: y el Perú ¿era de alguien?

—Sí, hijo mío.

—¿De quién?

—De unas gentes, los indios que vivían allá, Dios sabe desde cuándo.

—¿Y que habían nacido allí?

—Justamente.

—Entonces, ¿el Perú era su patria?

—Su patria.

—¿Y cómo se la dieron á Pizarro?

—No se la dieron; los españoles eran los más fuertes, y....

—¿Se la quitaron?

—Lucharon noblemente, y vencieron.

—¿Y quién les mandó ir?

—El amor á la gloria.

—¿Y ya no hay indios?

—No.

—¿Y dice usted que es bueno eso de entrar en una patria ajena y quitarle á la gente lo que es suyo?

—Niño: la conquista siempre ha sido el derecho de los pueblos fuertes. Sigue la lección y no te metas en honduras.

—Las principales batallas...

Al atardecer. Como bandada de gorriones se desparraman los chiquillos, saliendo de la escuela. De pronto suscítase en la turba como un remolino; fórmase un núcleo; hay parlamentistas que siembran ideas, sin duda graves: suenan aplausos, gritos de entusiasmo; un palo se levanta, que lleva en el extremo prendido un trapo rojo. ¡Salve la bandera! Aleteadora, la enseña guía el grupo, que da vuelta á la plaza, y siguiendo el camino que en la mañana siguió la abeja, escala el tapial de una huerta. ¡Ay, pobres guindos los del señor maestro! La barba marfil sucio surge en el hueco de una ventana.

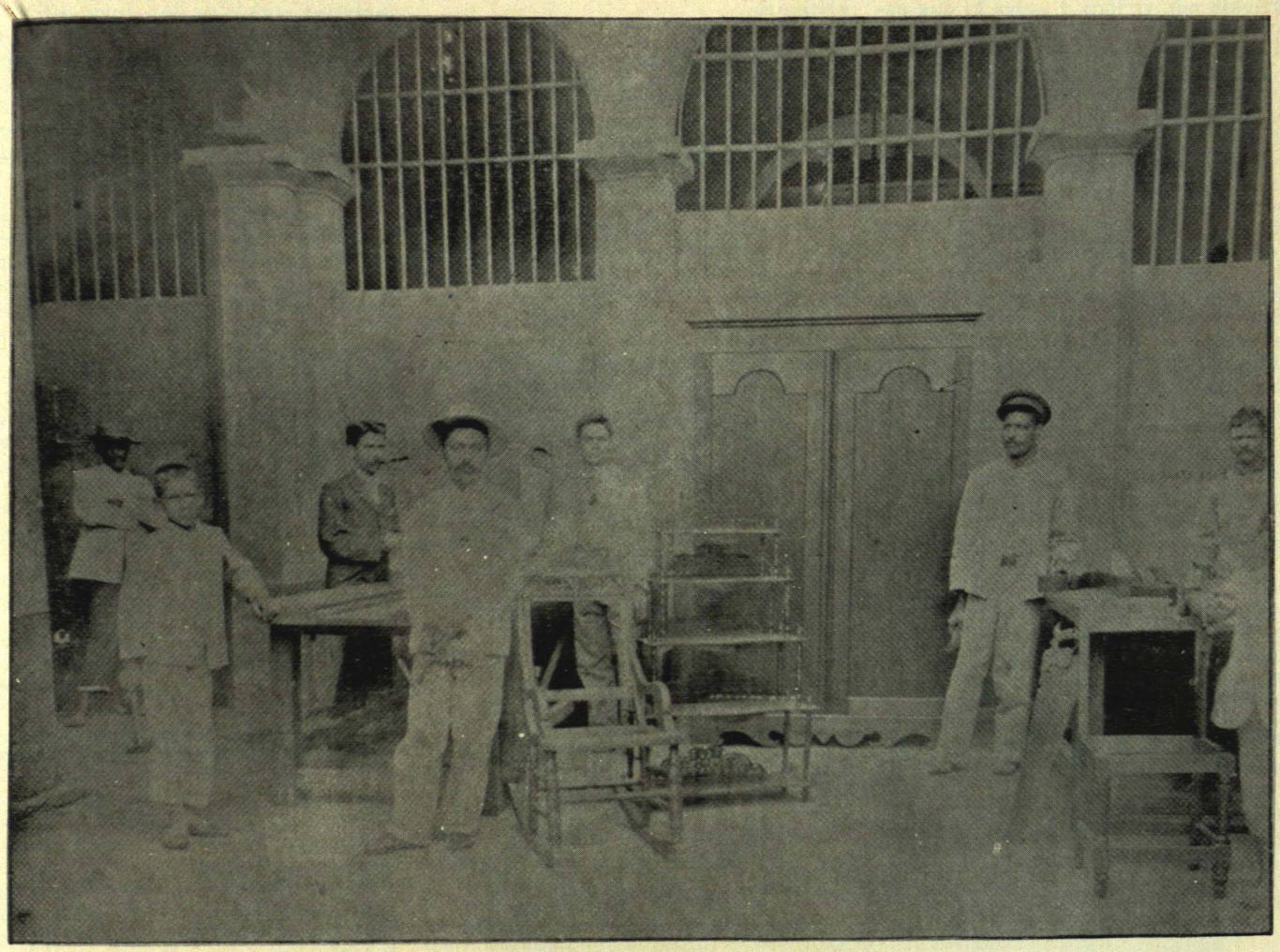
—¡Pícaros, ladronzuelos, allá voy! ¡Habráse visto canalla semejante! ¡asaltarme el huerto, robarme la fruta!

Y el rapaz argüidor, izando el trapo rojo:

—No, señor maestro; ladrones no: conquistadores; somos los fuertes, porque somos muchos y traemos bandera.

—¡Viva España!—exclama gozosamente la chiquillería, repleta de guindas.

G. MARTINEZ SIERRA.



Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública de Caracas: Taller de Carpintería

GUSTOS Y DISGUSTOS SON NO MAS QUE IMAGINACION

—

Así tituló una de sus famosas comedias don Pedro Calderón de la Barca. Y apartando las grandes aflicciones de la vida, que son reales y positivas, es probado que muchas veces, las más veces, la felicidad y la infelicidad son entes imaginarios, proyecciones incorpóreas de la fantasía, claridades ó sombras de un espejismo cuyo espectáculo está dentro de nosotros.

Y en todo caso, la imaginación ó la falta de voluntad ponen media parte de la desdicha en las desdichas verdaderas.

Donde se cree ya que la sugestión hipnótica quita y pone dolores físicos, ¿no puede sospecharse que la imaginación y la voluntad pongan y quiten dolores espirituales?

Y cuando alguien sostiene qne no existen los colores, sino que los hace nuestra visión á la manera que el pintor los coloca en el lienzo blanco, ¿no cabe presumir que la felicidad y la infelicidad son colores fingidos de la existencia, y que ambas sensaciones no son más que modificación de la costumbre?

Sin ahondar ni siquiera rascar en filosofías psíquicas y físicas, dígase de plano que no hay felicidad absoluta ni infelicidad absoluta, como no hay día y noche iguales y simultáneos para todos los hombres. Mientras en Madrid gozamos de la luz meridiana, nuestros antípodas duermen su sueño de la media noche. Y así, en lo espiritual, lo que para unos es triste ó alegre, es para otros indiferente.

*
* *

Don Juan Pérez y Juan Pérez, aunque se diferenciaran sólo por las tres letras del hidalgo *don*, eran personas opuestas en todo.

Llamábase uno el Excmo. señor don Juan Pérez de la Rivera de las Bárcenas, denotando con su tratamiento, sus dobles apellidos y su título de conde, lo alto de su posición y de su linaje.

Llamábase el otro Juan Pérez á secas, demostrando con ello y con su apodo de *El Cabrero*, lo bajo y plebeyo de su condición.

Era el don Juan riquísimo hacendado, dueño de hermosas fincas y dehesas, donde pastaban numerosos rebaños de su propiedad.

Era *El Cabrero*, y el apodo lo dice, pastor de los ganados de su Excelencia.

Vivía el señor conde en suntuoso palacio, y entre comodidades, lujo, diversiones y fiestas.

Vivía el pastor en la estrecha choza del monte, entre el humo cuando estaba en ella, y cuando no al viento, á la lluvia y las escarchas, y unas y otras veces entre trabajos, privaciones y pinchazos recibidos en las jaras al recoger las reses descarriadas.

La fortuna había ensayado en ambos, los dos extremos de la vara caprichosa conque acaricia ó azota, según mire á sus escogidos ó á sus desdeñados. Y la irritante parcialidad de la fortuna se manifestaba lo mismo que en las cosas materiales, en las morales.

Don Juan añadía á los bienes de la tierra los bienes del espíritu. Y, por el contrario, Juan tenía sobre los trabajos del cuerpo las pesadumbres del alma.

El amo era inteligente, alegre, dichoso en todo deseo y toda empresa. Para él, desear era conseguir, y emprender llegar. Una esposa bella y unos hijos llenos de salud completaban un hogar libre de cuidados y amarguras.

El pastor era obtuso de entendimiento, lo cual, privándole de los placeres espirituales, le robaba la parte más noble de las alegrías humanas.

Su obligación montaraz, que le excluía del trato urbano, no le permitió crearse una familia, que habría sido, más que compañía para su persona, carga para su pobreza.

*
* *

La desdicha es como la humedad; no hay pared bien defendida ni obra bien preservada de ella. Se filtra, se extiende, sube, ablanda, come, y al fin pudre y arruina la casa.

La dicha es como el aire: siempre halla resquicio por donde entrar, aun en los corazones más cerrados, y cuando haya metido en ellos su primer hilo, tras él

se entrará la bocanada, estableciendo una corriente que vivifica y sanea lo que parece inhabitable y mortífero.

De igual modo, tenían el feliz don Juan su gotera por donde le calaba la humedad, y el desdichado Juan su resquicio por donde le entraba el aire respirable.

El señor gozaba de pingües rentas, abundancia de deleites, amor en su casa, paz en el espíritu, suerte en todo. ¿Qué podía conturbar su ánimo?

El criado no poseía nada: ni dinero, ni casa, ni descanso, ni comodidades, sino miseria, soledad y fatigas. ¿Qué podía alegrar su existencia?

El mismo exceso de bienes traía el mal, y el mismo exceso de males traía el bien.

El paladar acostumbrado á almíbares, sábele á acíbar el más ligero picante. Cuéntase que los muelles habitantes de Síbaris no lograban conciliar el sueño cuando hacía una arruga la sábana del lecho. Tal era el refinamiento y sensibilidad de su piel.

Y al paladar acostumbrado á los ácidos sábele á gloria el confite menos dulce. Cuéntase de Milciades que no le producían disgusto ni efecto los venenos, porque tomándolos á diario, el organismo se había connaturalizado con ellos. ¡Cuál sería su deleite cuando saborease azucaradas manzanas cogidas del árbol inocente de que no podía temer envenenamiento ni traición!

La costumbre rinde por cansancio la sensibilidad. Hay que bendecir al dolor y recibirlo como regalo de la Providencia, porque matar el dolor es matar el placer. Perpetuar el día es amortiguar su esplendor; porque quien no ha andado en las tinieblas ¿cómo estimará la hermosura del sol?

* * *

El conde era gran aficionado á la caza; y si su puntería fuera como su afición, no habría para él conejos ni perdices bastantes en los extensos y bien guardados cotos de su propiedad. Nadie le oyó jamás alabarse de nada, sino de su acierto con la escopeta.

Además de las salidas cortas que solía hacer después de la comida á modo de ejercicio para la digestión, pasaba dos días enteros de la semana en el cazadero. Pródigo de su caudal y no egoísta en sus diversiones, daba fiestas y banquetes, de que disfrutaban sus amigos. Pero nunca llevaba convidados á las expediciones de caza. Aquellas eran las horas sagradas, de placer íntimo, que pertenecían á él solo, como su estudio al sabio, su amor al esposo, su oración al devoto, y nadie, por generoso que sea, convida á los amigos á compartir las caricias de la amada ó los trabajos del espíritu.

Iba sin otro acompañamiento que el de un sirviente y los perros para el ojeo.

Todo ruido, voz ó figura que no fuesen de la naturaleza, profanaban la hermosa soledad del monte.

No hay jugador sin supersticiones ni cazador sin vanidad. La del conde consistía en traerse doce piezas muertas, cuando menos, en cada cacería.

Pero como la puntería estaba más baja que el propósito, pocas veces llegó al número reglamentario. Y esto le amargaba la fiesta, á punto de no sosegar ni dormir pensando en el desquite. El desquite no venía, y aquel poderoso, rodeado de placeres y amo de un pueblo, vivía en constante desesperación por la falta de un conejo. Era la gotera que arruinaba su existencia.

* * *

Pero ¿cuál podía ser el resquicio por donde entrara la felicidad en el espíritu de Juan, tan cerrado á toda clase de venturas? Pues era otro achaque de la vanidad humana. Pero vanidad elevada, noble, útil y muy superior á la ridícula de matar un conejo más ó menos.

El mísero, obscurísimo é invisible pastor del monte, sintiendo su insignificancia, ponía empeño en demostrar cómo no hay hombre que no sirva para algo á los demás, ni enemigo pequeño, ni amigo despreciable. Y se daba á hacer favores y servicios á toda persona que se hallaba en apuro ó necesidad de que él pudiera sacarla, preferentemente á las de mayor jerarquía.

Si veía á un leñador que no podía con la carga de leña, Juan le ayudaba para llevar el peso.—Amigo, le decía,—¿ves cómo los viejos podemos más que los mozos?—Y se volvía á su ganado con el orgullo de su acción y de su fuerza.

Si topaba con un caminante extraviado por el monte, Juan andaba sus buenas leguas hasta sacarle al camino derecho.

—Amigo—le decía,—¿ve usted cómo un mal cabrero puede evitar un peligro á un buen traficante?

Si sorprendía á un cazador monteando en terreno que no era suyo, en vez de denunciarlo al guarda jurado, le dejaba marcharse, pero cobrándole en gratitud, que nunca en dinero, el silencio.

—Amigo—le decía,—¿ve usted cómo un pobrete puede salvar de una multa á un rico?

Y con ello vivía feliz, buscando siempre ocasiones de hacer favores para satisfacer su vanidad de hombre de provecho, sin importársele un ardite de sus fatigas, escaseces y quebrantos.

Su gozo supremo, su triunfo definitivo fueron los de favorecer á su propio amo. ¿Quién le dijera á Juan que iba á hacer feliz á don Juan? Pues lo hizo. Enterado de las cuitas de su señor y de la causa de ellas, trazó y puso por obra la manera de curarlas. Unas veces con su escopetucha, otras con sus perros, recogía doce piezas de caza cada día anterior á aquel en que don Juan había de venir á la dehesa. Acompañábale como ojeador, y callaba siempre que el amo hacía buen tiro. Pero cuando lo erraba, salía corriendo tras del conejo salvo gritando:

—Señor, va herido, pero los perros no darán con él; tiene cerca la madriguera. Yo la conozco, porque me sé de memoria y palmo á palmo el monte.

Y regresaba con uno de los conejos que tenía preparados, metiéndolo en el zurrón, sin entregarlo á don Juan para que no conociera que estaba frío, como muerto el día antes.

Desde entonces el conde volvía á casa siempre con la cuota deseada, y fue el hombre de la dicha completa.

—¿Qué tal?—exclamaba el buen Juan ebrio de orgullo.—¿Qué no valgo nada? Pues sirvo más que los millones y títulos del mundo. Sirvo para hacer feliz al señor de toda esta tierra. Y ahora á picar mis migas, que van á saberme á gloria.

Y volvamos á la moraleja:

No hay felicidad ni infelicidad; hay felicidades é infelicidades, según la persona y el caso en que se produzcan.

Gustos y disgustos son no más que imaginación. **¿Puede haber infelicidad más fantástica que la de don Juan, triste por su falta de puntería, ni felicidad más imaginaria que la de hacer para otros una felicidad también ilusoria?**

EUGENIO SELLÉS.

JORGE SAND Y EL AMOR ROMANTICO

—

De los amores menos secretos no conocemos casi nunca sino las palabras conque los amantes trataron de explicarse á si mismos y uno al otro su estado de alma. El resto, es decir lo esencial, lo ignoramos: de allí la inseguridad de nuestros juicios sobre estas crisis singulares, bellas y raras. Somos engañados por las palabras como lo somos por las costumbres. El amor de una dama de antaño y el amor de una de nuestras contemporáneas parece que debe diferir mucho, tanto como el lenguaje que lo acompañó y que fue su música. Los escritores que se fijan, sobre todo en el lenguaje, no dejan de constatar que los amores de Jorge Sand y de Musset expresaron sus sentimientos en lenguaje romántico. De allí á confundir el amor y la lengua que emplea no había sino un paso. Al lenguaje romántico debe corresponder un amor romántico: tal se creyó.

Para continuar esta disertación, y hacerse comprender, es preciso dar una definición general del romanticismo; la cual será, si se quiere: la pasión tomada como regla y puesta por sobre el deber. ¿Pero qué es esto sino la definición misma del amor? El amor es necesariamente romántico, y no hubo, hacia 1830, un amor romántico particular, con una forma muy diferente de las que tomó siempre la pasión en no importa qué medio, en no importa qué siglo. Se escriben hoy cartas de amor que serán dentro de sesenta años tan románticas, quizás, como las de Musset; y las de Jorge Sand lo son menos, tal vez, que las de la Monja portuguesa.

El amor, desde que nace se manifiesta así: crea en el amante una especie de centro nervioso ficticio (aunque muy real en sus efectos) á donde vienen á resonar todas las emociones, cualquiera sea su naturaleza. El antiguo centro no funciona más sino para las cosas indiferentes ó las operaciones puramente intelectuales. En otros términos, todos los pensamientos se funden en el pensamiento dominante; un interés más fuerte rige todos los otros intereses. Elevado á sus últimos límites este estado conduce á la monomanía. Ejemplos hay de ello. Pero basta que exista, sin traspasar las fronteras de la razón, para influenciar nuestros juicios, nuestra visión de la vida, nuestra manera general de sentir y de proceder. Stendhal habla de un amante, el cual después de una primera decepción, quiere volver á los ordinarios placeres de vida que antes le bastaban, y «los encuentra destruidos.» El ejemplo y la palabra son perfectos: hay en esos casos una extenuación de todas flores, en provecho de una flor única, que invade todo el jardín, se apodera de todos los colores, de todos los olores. (1)

El amor es el triunfo de la unidad; debería ser un principio de orden. Pero es el orden organizado por un déspota que tiene por nulos los intereses extraños á su persona. El amor no capitula sino bajo la fuerza; pero cuando es el más fuerte lo aniquila todo. La amistad no le resiste siempre, ni los sentimientos de familia; al aproximarse caen deshechos en polvo los juramentos anteriores. No conoce otra moral

[1] Dice también Stendhal [*Fragmentos diversos VI*]: «Una prueba de que el amor acaba de nacer, es que todos los placeres y todas las penas que pueden dar las otras pasiones y necesidades del hombre cesan al instante de afectarlo.»

sino la que lo favorezca; y dice, según Chamfort: «Cuando un hombre y una mujer tienen uno para otro una pasión violenta, me parece siempre que cualesquiera sean los obstáculos que los separan, un marido, parientes, etc. los dos amantes se pertenecen uno al otro por naturaleza, por derecho divino á pesar de las leyes y los convencionalismos.» Hé aquí toda la teoría del amor romántico, formulada cincuenta años antes de Jorge Sand por un filósofo irónico y amargo. Es verdad que esta teoría no es sólo la del amor romántico sino la del amor mismo. La Monja portuguesa no habla de modo diferente á Chamfort: monja, olvidó sus votos para entregarse á su amante; religiosa, le pide aunque en vano la arranque del convento y la conduzca á Francia. No existen ya para ella leyes, ni sociales, ni familiares, ni cristianas; sólo existe para ella la pasión.

Si se hace un paralelo entre Jorge Sand y la Monja, no resulta éste en favor del autor de *Lelia*. Esta mujer, cuyo nombre no se conoce con seguridad, que no vive en la tradición sino por la casualidad que ha conservado cinco de sus cartas, cuyo amante fue un fatuo y un ingrato, esta oscura monja de un convento de Portugal es uno de los bellos tipos femeninos de la humanidad apasionada. Es á ella á quien los amantes deberían tomar por patrona. ¿Los que tienen una pasión en el alma han leído sin temblar estas cartas llenas de una sensibilidad cuyo exceso no llega á turbar su nobleza?

Lo que puede parecer particular al romanticismo es la glorificación de la pasión, pero fue Juan Jacobo Rousseau quien la inventó.

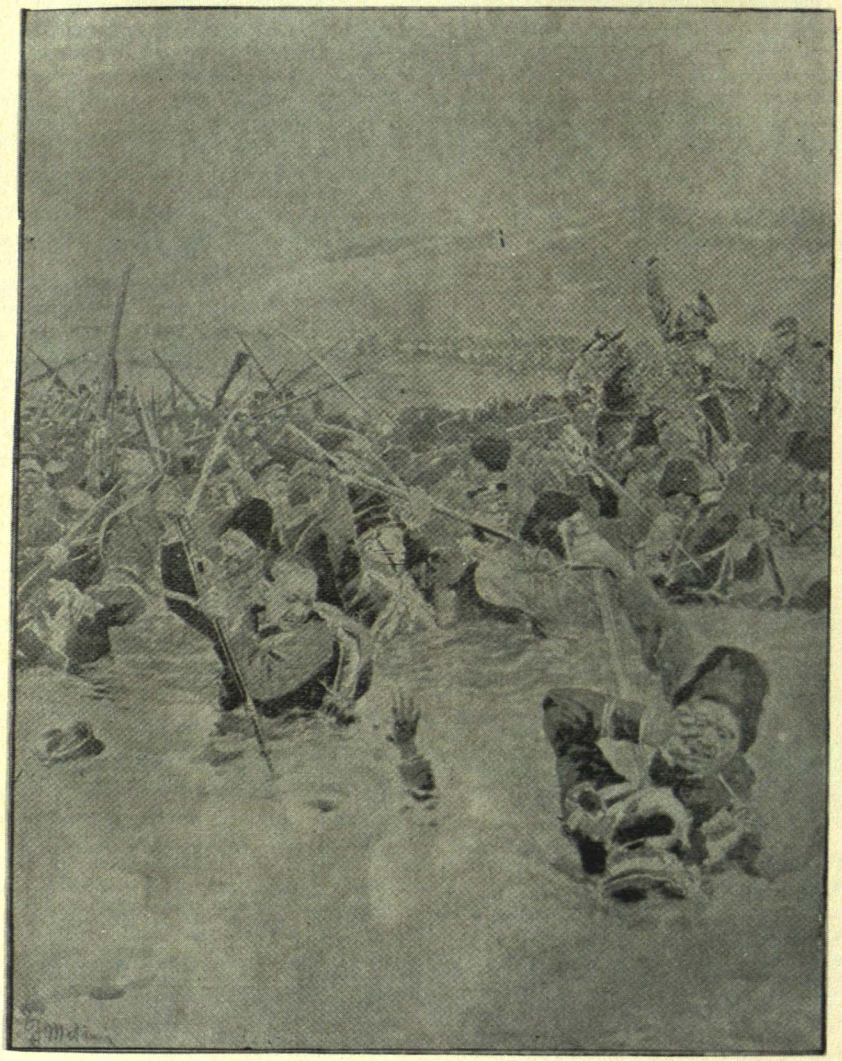
Siendo buena la naturaleza, la pasión, que es involuntaria y natural, debe serlo también. Si hace sufrir, es con particular sufrimiento preferible á la indiferencia. Los antiguos temían la tiranía del amor. Para emplear las expresiones de Stendhal, aceptaban con alegría el amor-gusto, pero temían, como un mal divino y terrible, el amor-pasión. Hay multitud de matices entre estos dos amores. El que ha celebrado Jorge Sand podría ser llamado la pasión-capricho: una locura que durará seis meses, que se curará con un viaje y servirá de tema para prolijos escritos. El capricho que experimentó, de una manera intermitente, por Musset, de 1833 á 1835, no le impidió redactar, durante ese tiempo, tres ó cuatro novelas. Era una naturaleza muy tranquila, «casta» dice Balzac, completamente cerebral, y es probable que sus cartas de amor sean *literatura* en su mayor parte. Fríamente escribía extravagantes tiradas; representaba un papel teatral para su amante y para la posteridad. «El mundo no comprenderá jamás esto» decía ella. Así, sabe que un día ú otro se levantaría el telón, y goza de la sorpresa del público ante una pasión tan literaria. No es eso lo que nos sorprende sin embargo, sino la atención conque con tanto cuidado pone afeites á sentimientos que debemos admitir como profundamente sinceros. Pensar en público, mientras se ama, qué aberración! La querida cerebral de Musset fue más natural con Pagello. Este veneciano, estaba en su lugar en Venecia, entre su cuadro normal. ¿Pero qué hacían «los amantes de Venecia» en esta ciudad lacustre? Hé aquí la parte extricta del romanticismo: buscar una ciudad célebre para allí fortificar pasiones débiles; lo que es un error. No puede amarse bien sino en la tierra natal, ó en algún lugar donde antes se vivió en la indiferencia ó en la espera: una de las sorpresas del amor es la coloración diferente que da á un espectáculo acostumbrado. Esos árboles, ese río, esas casas, cuánto se han modificado desde hace algunos meses! Impresión que ayuda á comprender las metamorfosis íntimas que al principio escapan entre la novedad de los sentimientos. Nada de esto es posible si se cambia de clima. Sólo los amores enfermos tienen necesidad de viajar. Hacía ya seis meses que Musset y Jorge Sand vivían juntos en París cuando partieron para Venecia. Fueron á Venecia para sanar su amor y buscarle, si no lo podían poner en pie, una decoración noble é histórica para su agonía.

CARACAS: Departamento de la Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública, en la Feria Exposición

La amante, en esta historia, es poco interesante. ¿Cómo creer en ese gran amor que llora de día sobre la espalda de Musset y suspira de noche sobre la espalda de Pagello? Hay mujeres—y hombres—que representan esta comedia cruel. ¿Pero qué pensar de una mujer que acepta ese papel sin estar obligada, que se complace y se alaba de ello? Por la falta de sensualidad; la explicación de Balzac es tal vez buena: las mujeres más fieles son las menos sensibles á la voluptuosidad. No piensan en su cuerpo y lo entregan, sin fijarse, en el momento de la exaltación sentimental. Las sensuales, á lo menos, saben el valor de lo que dejan tomar y no lo ceden sin darse cuenta de ello. Jorge Sand, encaprichada por Mérimée decíale, la primera noche, estas palabras cómicas: «Ven, Próspero, verás que mi alma no está corrompida.» No hay excusa á tales amores; en nuestros días Jorge Sand se hubiera dedicado al sport.

Sin embargo, debemos dejar á los hombres y á las mujeres vivir ó distraer la vida como lo entiendan, es decir según sus tendencias naturales ó las que determinan en ellos las ideas de moda. Jorge Sand siguió siempre la moda; fue de su tiempo año por año, amante por amante. Cada una de sus novelas, se ha dicho cien veces, es la obra de su señor del momento como su obra personal: un estilo flojo y declamatorio constituye la unidad del conjunto. ¿Cuál fue su mayor placer, el amor ó la literatura? No separaba estos dos ejercicios: el amor la inspiraba, la literatura la reposaba. Entrada en años, su actividad se concentró en la literatura: de este período datan todas sus novelas, cuyos títulos leemos no sin sorpresa en los diccionarios de literatura, pues ninguna ha dejado ni siquiera un recuerdo, á no ser una ó dos relaciones campestres ponderadas por los literatos del Berry. Esta gloria universal terminará por ser un dios local. *Indiana* ó *Lelia* son tan imposibles de leer como *El Gran Ciro*. Se recordará que representó un papel, trabajó mucho, y estrechó entre sus brazos muchos hombres célebres. Esta vida bien llena, terminada por una vejez feliz, fue ciertamente agradable á la que la llevó. No tuvo jamás la ocasión de decir como Musset; «El sólo bien que me queda en el mundo es el de haber llorado algunas veces.» Pero Musset, gran poeta, fue un mal tipo de la humanidad. No conviene alabar las lágrimas; el dolor deprime, y para vivir es necesario la fuerza ó la indolencia. Jorge Sand fue una fuerza indolente.

REMY DE GOURMONT.



Guerra ruso-japonesa: Ataque, dentro del agua, á los rusos que se oponían al avance del ejército japonés, en Nan-Shan

PERLAS

Al beso de la luz nace la perla
En el fondo del mar, nítida y pura.
El amor de las aguas y del cielo
Da esa perla feliz de su ternura.
La lágrima también nace del beso
De la sombra en el alma dolorida.
Las nupcias del dolor y de las almas
Dan esa perla triste de la vida.

TRASMIGRACION

—

La nívea flor que coloqué en su seno
Murió al instante..... de calor ó frío.....
Murió como una virgen, casta y pura,
En un lecho de amores, dulce y tibio.
Pero estuve en error cuando supuse
Que la flor había muerto. El blanco lirio
Se alzó de pronto y agitó dos álas
En roja mariposa convertido.

EL IDEAL

—Qué tienes, escultor?—Sufro la pena
De un desengaño matador de anhelos.....
Me ha negado el Amor lo que soñaba
Concediéndome un hijo tosco y feo.
Pero no importa..... si el Amor me niega
Veré en el Arte realizar mis sueños:
Haré con los cinceles, en el mármol
Nacer al hijo de mi amor eterno.

JOSÉ VALLENILLA MARCANO.

AGONÍA

—

Al pie del otero los dos fugitivos, desanimados, reposaban ante el desvanecimiento de la última luz del sol. La fatiga les pesaba en todo el cuerpo; el hambre les mordía el estómago como una rata rabiosa; la sed les ardía en las fauces como una brasa cruel. El de más edad, el cabo, endeble y mustio, suspiraba y gemía, postrado por tierra, la cara en las manos, como quien trata de sofocar ó disimular un dolor tremendo. El corneta, el joven, cabisbajo y mudo, se mantenía de pies, acariciando con la inconsciente caricia de sus manos el bruñido clarín de cobre, en que dormitaban los gritos épicos, como á la sombra de una caverna un tropel de leones áureos.

Su clarín era el amor más grande del pobre corneta. Todos sus amores huérfanos los puso en el clarín y en la música del clarín. Cuando sus pulmones poderosos soplaban en el instrumento dócil y fuerte, lo invadía un extraño júbilo lírico, bien como si en la oquedad de su corneta palpitara el secreto del triunfo, el secreto del valor de los soldados y de la fortuna del ejército. Las voces abruptas del metal parecían verter sobre el alma del ejército una como sacra locura, por gracia de la cual en el espíritu del recluta fulguraba, como el fugaz relámpago heroico de una espada en el sol, el impulso brutal y ciego de correr á la matanza.

Con dulzuras pastorales, en las mañanas frescas del vivac, la diana se difundía por la atmósfera, llena de promesas de vida y de paz; y por la tarde, á la hora grave del *Angelus*, el clarín entonaba, en el duelo del crepúsculo, una solemne plegaria triste, empapada de presentimientos aciagos. Y al entrar el batallón en el combate, el clamor trágico espoleaba á los combatientes, entre el humo embriagador de la pólvora y el estrépito de la fusilería, bajo el ala de las banderas, resonantes y trémulas. Acompañado por su hermano guerrero el tambor de redobles exaltantes, empujaba, como una mano poderosa é invisible, al rebaño lamentable por los caminos de la muerte. ¡Y con qué furor desgarraban la tela del aire los toques frenéticos, como largas aclamaciones al dios que pasaba, hidrópico de sangre y de exterminio, envuelto en su clámide de humo y de rugidos de agonía.

Ya su clarín, de seguro, no volvería á encender la fiebre del valor en el espíritu de los soldados. Y con el dolor de esta seguridad contemplaba el corneta meditabundo su arma, canora y reluciente como un gran pájaro de cobre, y luego á su compañero de fuga, el cabo enclenque echado en tierra con actitud de infinito desconsuelo.

Tres días iban que no comían y veinticuatro horas que inquirían agua en vano con desesperación de sedientos. Arrastrados por el terror sin freno de la derrota se extraviaron en aquella vasta llanura, uniforme y árida, para ellos desconocida. Ni hombres ni animales vivían en la estéril sabana inclemente. Sólo aquel cerro pedregoso, se alzaba en la planicie, redondo y único, como un pezón, rojeando en la misteriosa desolación del paisaje. Algún raro cují polvoroso aparecía muy de trecho en trecho, como una mancha triste.

El cabo, de pronto, rompió á reír con risa de jimio, fosca y taimada. Su compañero lo veía reír con asombro. El cabo extendió la diestra y señaló al ápice del cerro, donde esplendía la reverberación del Oeste carmesí:

—Agua!

Emprendieron la ascensión con brío. Anhelantes y fatigados llegaron al término. Desde la cumbre de la colina se veía mejor el espectáculo del horizonte rojizo, por donde bogaban nubes de púrpura, pausadamente. Otra vez el cabo reía con su risa silenciosa y siniestra de loco:

—Banderas, dijo mostrando el Poniente.

Entonces el corneta contempló realmente en el horizonte de crimen, en las nubes de sangre, un lento desfile de oriflamas rútilos, bajo un cielo de apoteosis, sobre una mar reverente, como si una escuadra aérea se empavesara en la celebración de una victoria inaudita.

Y ante la suprema visión de los gonfalones celestes, ante la purpúrea pompa marcial de la tarde, hambriento y sediento, desarrapado, adolorido, terrible, el corneta echó de sí por el clarín el postrer entusiasmo bélico de su juventud aventurera y errante. Un alarido súbito de alegría blasfematoria se derramó sobre el

silencio de la llanura desierta. El clangor, vibrante y agudo como una aguja de oro, animó á los dos soldados un fugaz minuto y durante ese minuto en los ojos le relampagueó, como un tropel de lanzas, la última centella de heroísmo. La voz del clarín ululaba é imprecaba y se estremecía en un frenesí de cólera, desatinada y convulsa.

Era la anúteba de la desesperación y el desamparo en que perecían los dos soldados errabundos. Era el gemido de la miseria secular y el secular vejamen, en que se retorcía su raza, habrienta de justicia, aherrojada en la ignominia, como un jaguar orgulloso obligado á tirar del arado para fecundar el légamo de la servidumbre. Toda la sangre que vertieron las venas de su raza, en siglos de dolor, parecía colorear, como un jugo terrible, el alarido de la corneta. Eran voces de millares y millares de parias, llevados en recua lastimosa á la guerra, á que les rompieran el pecho á balazos, para construir con sus cadáveres las gradas de una escalera fatal por donde subiera victoriosamente, á una cima de oprobio, cualquier sargentón abominable. Voces profundas y fieras que pedían venganza; voces de los abuelos indios martirizados en la ordalia ó arcabuceados en la sorpresa; voces del abuelo africano, domesticado á latigazos como un tigre; voces del criollo doblegado bajo el yugo de una democracia de hierro; voces de todas las víctimas que sacrificó el despotismo ú ofrendó la protesta.

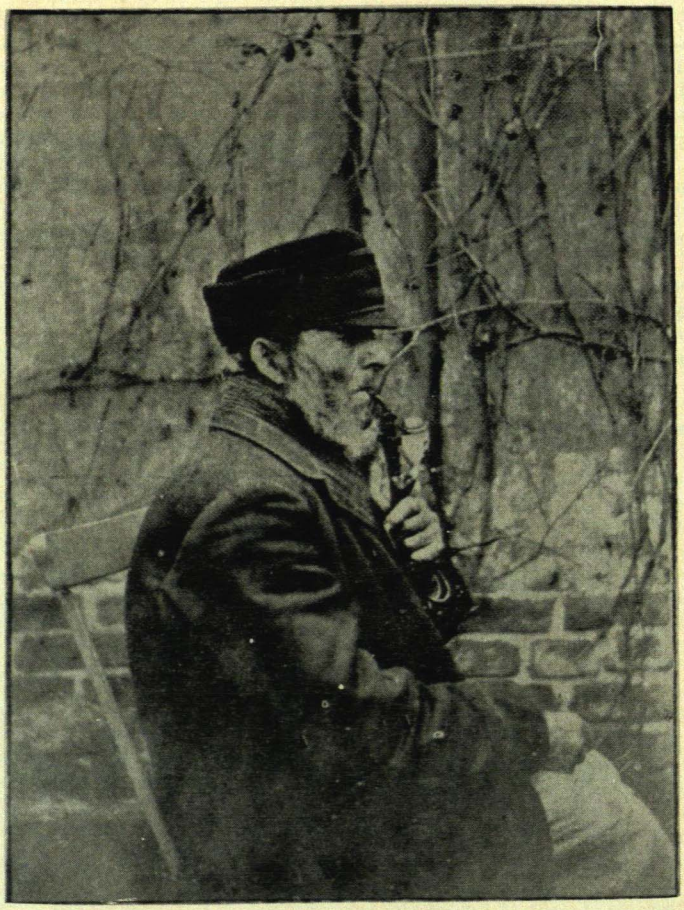
En el horizonte los estandartes de carmín y de llamas iban cruzando lentamente, en una interminable procesión fulgurante. Y hubiérase dicho que el clarín furibundo presidía la marcha de las banderas con su música.

Poco á poco, insensiblemente, la sombra iba cayendo, como una lluvia de ceniza impalpable, sobre la hoguera cárdena del crepúsculo. Los rojos se tornaban morados y las rosas en lilas. Parecía como si la escuadra victoriosa se ocultara tras de opacos tules negros. Y las banderas se teñían de luto y se plegaban, marchitas, como las alas rotas de enormes águilas de fuego.

El corneta seguía soplando con furor en el áspero instrumento; pero ya éste no clamoreaba con exaltación colérica, como antes: era un sollozo trémulo el que se le escapaba de la brusca garganta de metal. Así como se ensombrecía y apagaba en los cielos occiduos la ilusión de las grímpolas de grana, la voz del clarín se volvía quejumbrosa y enferma, y finalmente ronca y mate, como estertoroso anhélito de moribundo, cuando ya no hubo de los pendones luminosos en el cielo entristecido sino una tenue vislumbre inapreciable.

Y cuando la luz se extinguió por completo en el ocaso y la sombra abrió sobre la tierra el misterio sin fondo de su palio, la pesarosa voz del clarín se ahogó en un doble gemido humano, y los dos cadáveres, el cadáver del corneta que empuñaba aún su clarín amorosamente y el cadáver del triste soldado—futuro banquete de cuervos—se quedaron en la cumbre del otero, con sus abiertos ojos de vidrio, llenos de infinita tristeza, clavados en el hondo cielo azul, donde aleteaban, como intranquilas mariposas de plata, las formidables constelaciones.

JESUS SEMPRUM.



Un retirado ruso

¿EL «PELIGRO AMARILLO»?

(Versión de EL COJO ILUSTRADO)

«El Peligro Amarillo»; si no me engaño, el dicho es del Emperador Guillermo. Recordémonos del dibujo ó pintura que él dirigió, como para 1897, á todos los Jefes de Estado de Europa. Era aquella pintura, una perspectiva de campos talados; ciudades devoradas por las llamas; poblaciones degolladas; países enteros sometidos á la sombra de Bouddha, y, sobre una roca, que desde lejos presencia ese espectáculo, el arcángel San Miguel convida á los pueblos cristianos reconciliados, á formar pacto y alianza contra los nuevos Atilas. Pregunto hoy: ¿es ésa la pesadilla de una ardiente fantasía, ó la visión profética de una inspirada reflexión?

Podría decirse,—en vista de lo que pasa,—que la historia se conmueve para responder al artista imperial. La Europa, al término de su carrera hacia el Oriente, se halla, de repente, contenida y paralizada por el Oriente sublevado; y el mismo océano Pacífico, rozado apenas, se agita y convierte en el mar de las Tempestades y borrascas. Y el destino del mundo oscila la víspera de un mañana imprevisto y desconocido.....

Además, débese confesar, que hoy, como para lo sucesivo, la raza amarilla no se deja ya atacar más impunemente. No muy tarde, quizá mañana, toma la ofensiva; y entonces la Europa vería surgir en sus aguas, la punta de los mástiles de una Armada asiática señoreándose de sus mares.

Sin tener que pensar mucho, júzguese la extensión del camino recorrido en sólo un lapso de tiempo de siete años, y cualquiera observará que ha sido extraordinario; mucho más grande de lo que podía preverse, sobre todo, dado nuestro concepto de la ineptitud de aquella raza.

Es un hecho altamente probado, que el poder militar del Japón, equivale al de uno cualquiera de las naciones europeas. La circunspección, la sangre fría y calma necesarias, y la capacidad intelectual de sus magistrados y Jefes militares, está fuera de toda duda. Y no insistiremos más en este punto, y otros análogos, porque varias é importantes pruebas abonan nuestro concepto.

Sobre esto, hay una cuestión más grave que se establece, y en la cual es necesario detenerse y pensar seriamente y con ahincada insistencia; es ésta: ¿Puede el ejemplo del Japón, arrastrar los otros pueblos asiáticos? ¿La China misma, esa China,—por siglos enteros tan pacífica,—se haría, á su vez, guerrera también? ¿En manos de otro Alejandro, se lanzaría contra la Europa en una campaña de hostilidades implacables?

Llegado ese caso, no se trataría entonces de sólo cuarenta millones de hombres, sino de una masa de cuatrocientos millones de individuos. Llegado ese caso, no se trataría sólo de una porción escogida que pronto, quizá, exterminaría la guerra, sino de una multitud, de un de-

pósito que ofrecería al conquistador, los recursos de su enorme recluta.

Ese sería, ése, el verdadero «peligro amarillo.»

El problema, á primera vista considerado, es doble. ¿Tendrá el Japón la autoridad y fuerza necesarias, para instruir y levantar los pueblos del Celeste Imperio? O bien, ¿llegarían éstos—por sí mismos, por su progreso interior—á ser un peligro militar para Europa?

Las victorias japonesas tienen, en la hora actual, una inmensa resonancia en todo el Extremo Oriente; y todos los que ensayan ó quieren leer en aquellas fisonomías impasibles, algún indicio de lo que aquellos hombres piensan, observarán en sus ojos arrugaditos, una sonrisa maliciosa y chocarrera. Por esto, todos los europeos residentes allá, ya sean comerciantes, misioneros, cónsules, etc., están de acuerdo. Dice éste: «Si el Japón sale victorioso en esta guerra, la influencia europea en el Extremo Oriente quedará mortalmente herida.» Dice aquél: «Los emisarios japoneses predican el pan asiatismo; invitan á los mandarines á que se hagan japonófilos, y frecuentemente lo consiguen.» Por último, el otro escribe: «La China se transforma. Poco á poco, se convierte en nación, verdaderamente, y es con este concepto como debe juzgarse la guerra ruso-japonesa.» Unánimes son en este particular los pareceres; y desde Saïgon á Vladiwostock, como de Batavia á Shangaï, en todas partes la preocupación es una misma; el temor uno solo.

Desde el año de 1900, los mandarines chinos volvían los ojos hacía el «Sol Levante.» Las escuelas militares que se fundaron entonces, buscaron sus profesores é instructores entre los oficiales japoneses. El partido progresista ó de la Reforma, que, para instruir y adelantar la nueva generación había decidido que se educara en el extranjero, enviaba como unos cincuenta estudiantes, más ó menos á Europa, pero al mismo tiempo encaminaba cerca de mil á las Escuelas del Japón, y con especialidad, á las de la Capital.

No se puede dudar un momento, porque es incuestionable: la influencia japonesa se impone en ciertas clases de la sociedad china. Y tan así es, que las lecciones que el Japón ha tomado de la Europa, las trasmite en toda ocasión, é íntegramente, á la China, renovada y progresista, y ésta las acepta de grado.

Vémonos inclinados á creer, ó más bien, á deducir, que la política china, hoy, y muy pronto, los ejércitos chinos instruidos á la moderna, estarán á la disposición del mikado, realizándose de esta manera en lo porvenir, lo que llama una bárbara palabra: el pan asiatismo completo.

Mas, todo esto me parece que es entrar muy pronto en obra y anticipar y temer acontecimientos que quizá estén todavía distantes; porque, dígase lo que se quiera: si la China y el Japón, un día ú otro, han de estar estrechamente unidos, no habrá de ser esto á humo de pajas, sino tras largo trabajar y después de mucho tiempo. Y la razón es obvia. El estado normal entre los dos países ha sido hasta hoy, un completo antagonismo; y si los últimos sucesos han podido, en verdad, modificar disposiciones seculares, no es menos verdad también, que el acuerdo actual es el accidente, en tanto que la regla es la rivalidad.

Todo crecimiento del Japón se ha logrado hasta nuestros días con perjuicio y á costa de la China; y bien se ha visto que el poder de la China ha sufrido eclipse, cada vez que ha brillado el astro del Japón.....¿Por donde comenzó la crisis actual? Por un hecho ofensivo del Japón. Fue su primer acto, la toma de Puerto-Arturo á la China, y los resultados, el desmembramiento del Imperio chino por la conquista de Formosa.

¿Y podrá creerse, que los mandarines chinos olviden fácilmente sus heridas y resentimientos? Se plegarán á las circunstancias, no hay que dudarlo, porque tal es la práctica que siempre han observado. Más aún: se inclinarán ante el vencedor, y acaso le pidan prestado sus armas, su progreso, etc. Pero, así y todo, ¿podrá la China modificar tan pronto sus costumbres, su modo de pensar, su esencia misma?

¡Sería milagro!

Algunas deserciones de mandarines medio-cosmopolitas, nada influyen ni nada se hacen sentir en la masa perdida sobre aquellas lejanas llanuras. El japonés marino é insular, nada tiene de común con el chino, continental y agricultor. Para poder los hombres aliarse, necesitan entenderse; y primero, mucha, muchísima agua ha de arrastrar el río Amarillo á las borrascosas ondas de los mares de Oriente, antes que un imperio amarillo domine, á un mismo tiempo, las dos riberas.

Pero la raza es una, se nos objetará. Quizá, decimos nosotros. Etnicamente, la cuestión está sobre el tapete, y no se ha resuelto aún. Y lo cierto es, que las tradiciones japonesas remontan y atribuyen los orígenes de las poblaciones autóctonas, á invasiones por mar desde la Malasia, más bien que á pueblos continentales que se hubieran desbordado de la Mongolia y la Corea. Y si bien se observa, no puede negarse: que el parecido físico de los japoneses y de los hombres de la Indo-China, es extraordinario; hasta el punto, que el tipo mismo se confunde singularmente con el tipo indo-europeo.

Y hay algo más todavía que debemos anotar, y es: que en el supuesto que la unidad de la raza amarilla llegara á establecerse, la unidad de proyectos é intereses no serían necesariamente unos mismos. El color de la piel no decide ni implica nada en las inclinaciones del alma; y pocas cosas tan ciertas, como que los grandes odios se forman entre parientes, y es donde más se conservan.

En todo caso, la conquista de la China —ya sea de modo pacífico ó nó,—no sería la obra de un día, ni mucho menos. Para no decir nada, habría que contar por semi-centurias las etapas de esta nueva historia. Si suponemos una china atacada por las armas, ésta se haría probablemente la aliada de todos los adversarios del Japón, y la Europa la recibiría con los brazos abiertos; y si presuponemos la conquista por la paz, entonces la obra de «caporalización de la China» sería muchísimo más lenta. Alejandro destruyó el imperio de los Persas; pero sucumbió bajo sus ruinas.

Hay además otra hipótesis infinitamente más natural, más verosímil, y bien vistas las cosas, no menos grave: que no fuera la presión exterior sino la iniciativa interior lo que transformara el Celeste Imperio. De esa manera las cosas, el Japón obraría sobre todo, por el ejemplo; pero la China advertida y coroborada á la vez, se organizaría y haría frente á todo en lo venidero. Por sí misma sacaría partido de sus inmensos recursos; de pacífica se haría guerrera, y poseedora y segura de sus fuerzas, se mediría resueltamente con sus adversarios, de donde quiera que éstos vinieran.

El problema se precisa.

Desde los comienzos del año de 1902—cuando, por consecuencia de la represión de los Boxers, las tropas aliadas se hallaban en el Petchili,—el emperador Kouang-Tsu, dió á los dos vireyes más influyentes, la orden precisa de reorganizar el ejército chino. Hoy aparecen y se hacen sensibles los primeros resultados de las medidas que entonces se tomaron, y á fe que mucho se han tardado.

Y todavía no se trata de un ejército chino único y que agrupase en sí solo todas lás fuerzas militares del imperio, es cierto. Por hoy, cada uno de los vireyes, es dueño y señor de sus dominios, y estaciona su ejército particular que tiene por primer deber velar por el orden y seguridad en cada uno de los vireynatos.

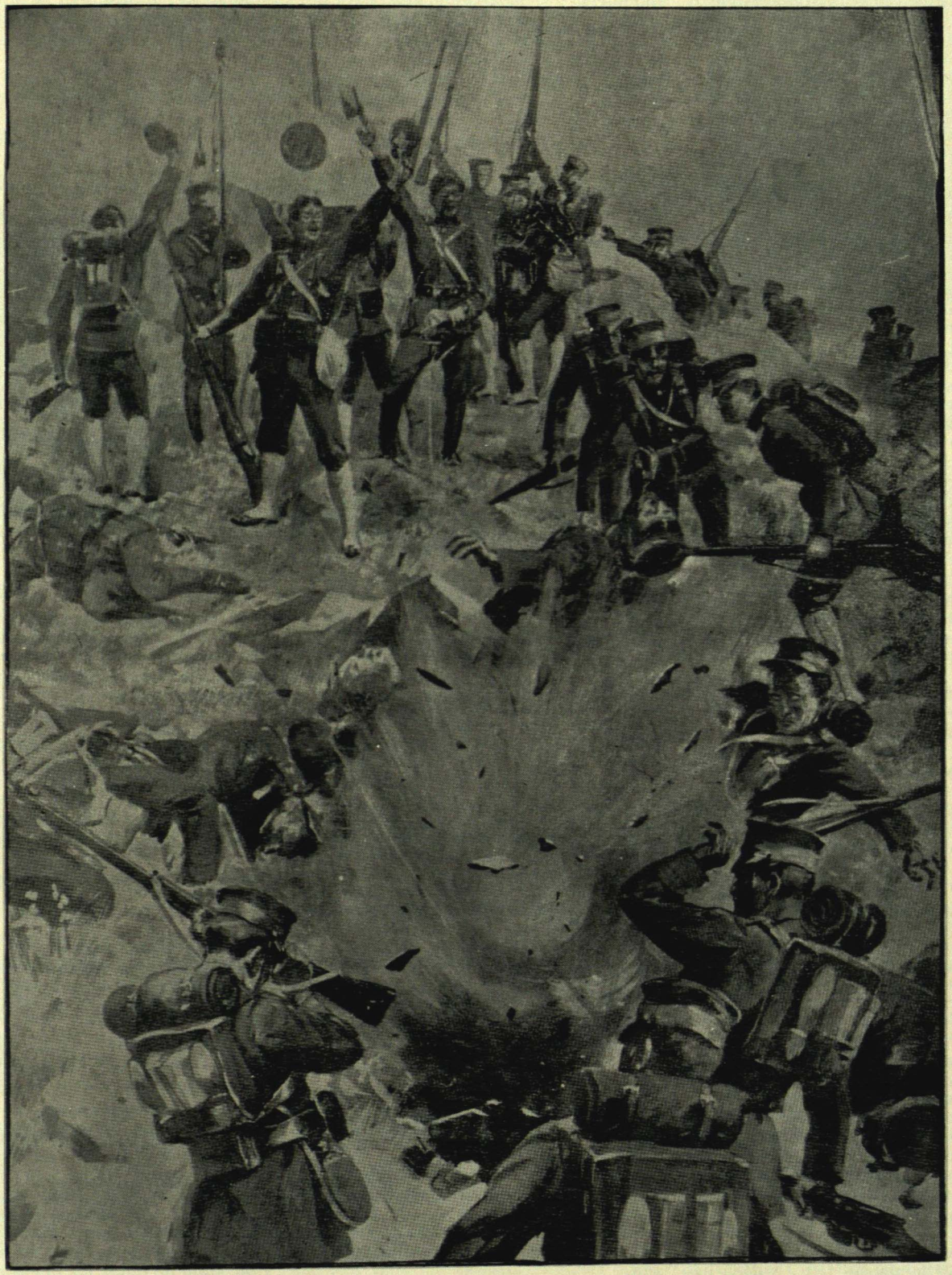
No obstante, tres de esos ejércitos locales, pueden en un momento dado movilizarse y concurrir á la defensa del imperio. En primer término, el ejército del Petchili, puesto bajo las órdenes de una especie de Generalísimo,—Juan-Shi-Khaï, constante de 30.000 hombres de tropas regulares, y un contingente de 10.000 de irregulares, que puede aumentar rápidamente. Los soldados de este cuerpo se instruyen y ejercitan en los adelantos modernos. Los oficiales hacen sus estudios en Escuelas técnicas, y son hombres de algún mérito. La artillería es buena y suficientemente instruida; tan sólo la caballería, aunque cuenta con magníficos caballos traídos de la Mongolia, es de las más mediocres. En suma; este ejército ha mejorado mucho después que hizo sus pruebas en 1900, y es el mismo que se encuentra, en la actualidad, de facción en la frontera de la Manchuria.

El segundo ejército, menos numeroso, pero sí mejor servido, es el que está comandado en el Hou-Pé por el afamado Tchang-Tchi-Toung, uno de los iniciadores de la política de los caminos de hierro, que es su idea dominante, y la cual dará, en verdad, resultados trascendentales. Tiene este Jefe bajo su órdenes unos 20.000 hombres, pero escogidos, con los que es imposible dejar de contar.

En fin, un tercer cuerpo, del que tenemos datos menos extensos, reside en el Sur, cerca de Nankín. Pero en total,—comprendidas las fuerzas que están en las fronteras,—la China puede disponer, de un instante á otro, de un ejército de cien mil hombres, armados y organizados en idénticas condiciones á los ejércitos de Europa.

Ahora: ¿cuál es el valor real de esas tropas? Las opiniones no están contestes; sin embargo, ya se empieza á reconocer las cualidades del soldado chino. Ya se reconoce que es valiente, sereno en el fuego, y así como el soldado japonés, el soldado chino tiene alto patriotismo y desprecia la muerte. Lo que le falta es confianza en el mando de sus jefes, y fe ó seguridad en la victoria. Se bate mal, sobre todo, porque no sabe batirse.

Y una razón, entre otras, para que así



GUERRA RUSO-JAPONESA: Explosión de un obús del ejército japonés al clavar la bandera victoriosa en la altura de Chu-lien-cheng

haya sido, es la de que hasta hoy han reclutado al soldado chino de entre la hez del pueblo; ni han sido más los oficiales, que unos hombres que, por todos respectos, eran, positivamente, el desecho de las administraciones civiles. Mas, desde 1900, los vireyes más inteligentes han estado haciendo un grande esfuerzo por modificar ese estado de cosas; y mucho se ha alcanzado en el sentido favorable, puesto que la recluta se lleva á cabo, hoy, en condiciones que aseguran la moralidad y buena cualidad de las tropas. Por su parte, los mandarines se han propuesto levantar el prestigio militar; y dan ellos mismos ejemplo, al llevar, como lo hacen, á sus propios hijos á las Escuelas, donde se instruyen los futuros oficiales de la Nación.

De tal suerte, la reforma se cumple lentamente, pero se cumple. En el vasto programa de reorganización publicado por el emperador Kouang-Tsu, al terminarse las últimas hostilidades, programa que bien puede verse como el principio de una Era nueva para la China, el soberano se expresa así: «Nuestra creencia es que en vez de traer la paz, el desarme sería un medio de infligir á la China nuevos insultos..... Muchos entre nosotros tienen ciega confianza en la adhesión que haría nuestro Gobierno con las ligas pacíficas internacionales. Créese que de ese modo evitaríamos la guerra; pero las reglas que han dictado esas ligas no obligan ni fuerzan á nadie; y entonces, ¿qué pueden tales alianzas cuando un pueblo fuerte quiera atacar á uno débil? Así habla el emperador actual en nombre del partido reformador; y bien se echa de ver cuánto difieren y cuánto distan semejantes apreciaciones de la vieja tradición china expresada en estas palabras de Confucio: «La paz, aun cuando sea poco gloriosa, vale más que la más brillante victoria.»

Así pues, la China se prepara, como lo hemos demostrado; y trabaja y trabajará por sí y para sí: como dicen los italianos: *farà da se*. Y tanto hará por sí y para sí, que aun sin tener en cuenta los aventurados proyectos de sir Roberto Hart, la China dispondrá muy pronto de fuerzas respetables y muy poderosas.

Y serán estas fuerzas aún más temibles, —digámoslo con franqueza,— el día en que un último y trascendental adelanto que se persigue en estos momentos, se realice completamente; á saber: cuando la red de ferrocarriles interior quede terminada. Hasta ahora, el ejército chino, y los elementos chinos, y sus recursos, y todo, ha quedado diseminado sobre aquel inmenso suelo. Cada vireynato, cada provincia, cada frontera, vela y cuida su propia circunscripción, y la defiende. Pero ya, dentro de muy poco, el camino de hierro interior, el «Gran Central chino», unirá las provincias entre sí. Del Norte al Sur, en breves días, los vireyes podrán concentrar sus ejércitos, y en consecuencia, combinar sus esfuerzos. La multitud de soldados, de armas, de municiones, de abasto, etc., volará hacia los puntos amenazados, y la unidad imperial quedará indudablemente constituida.

Ya, los rudimentos de un Estado Mayor general, y las primeras pláticas recomendando una movilización simultánea, las ha iniciado aquel brillante General Ma. Y habremos de convenir, que la China servida por caminos de hierro, es una China nueva, una China movilizable, y mejor dicho, ya casi movilizada.

Cuando tal hecho se verifique, será la China para sus adversarios, á no dudarlo, un enemigo peligroso. Entonces, las Potencias europeas tendrán que contar con ella, y lo que es más: tendrán que entenderse y arreglarse con ella. Para mí, creo,—y digo con la mayor sinceridad,— que lo celebraría de todas veras, porque lo veo como el medio mejor para conjurar el tan anunciado «Peligro amarillo.»

GABRIEL HANOTAUX.

PARA ALEJANDRO ANDRADE

Bajo el ábrego del dolor, de cara á la pared, en un gesto de silenciosa amargura, falleció en la ciudad de Pérez Bonalde, el venezolano docto y pulcro, cuyo nombre será en la historia de una época y de un medio, oblación intensa á la virtud de los tiempos lejanos.

Tuvo Andrade en su órbita intelectual, sanos propósitos de civilidad estadista, castizo, verbo de narrador y fina insinuación de diplómata. Su presencia en el Foro implicaba la austera voz del pensamiento moderado.

En el palenque literario, su estilo fue sobrio, pausado, remembranza clásica de la lucubración romana, casi cobriza. Había en su vocalización algo de aquella gravedad apuesta de las escrituras del General Miranda y del Padre Madariaga.

Leyendo sus discursos se ve en ellos, como en sus documentos políticos, la sencillez delicada, exenta de *egoismo*, de las páginas antiguas, con tendencia á la brevedad, en las cuales la idea adquiere esa eternidad de los bronces. Su serenidad es admirable en los debates del derecho público.

Combatido y vencido en la lid de la política natal, cruel y triste, lo ví la vez última en Curazao y consigo la resignación melancólica de los que han pensado y sufrido mucho. Razonable consigo mismo; viendo en el vencedor no un adversario, sino el avance de concepciones nuevas; tipo intelectual más que político, tenía en la historia de estos días exaltables, el dón de la prudencia, la sabiduría de la bondad y la alteza del perdón, para la crudeza ofensiva del dicterio personal.

Sus defectos se ocultan al tibio fulgor de su esfuerzo y al recuerdo de su palabra que fue grande, porque hay—según San Agustín —grandeza ínclita en la buena intención.

Andrade era culto, su inteligencia tuvo su virtualidad en el poder de la observación histórica. A sus manes apacibles van estas líneas sin fragancia, á caer sobre su losa, como estas grandes rosas sin olor que veo abrirse bajo el fino cielo mexicano, sobre las lápidas inmemoriales, á la temblorosa claridad de la tarde.

EMILIANO HERNANDEZ.

México, Agosto de 1904.

SUELTOS EDITORIALES

DUELO

Negros crespones, empapados con lágrimas acerbas, cuelgan hoy del honorable hogar de nuestro buen amigo Francisco de Sales Pérez.

La divinidad traidora é implacable ha desgarrado su alma de padre cariñoso, llevándose un pedazo de sus entrañas, arrebatándole un sér querido, que era sangre de su sangre y alegría de su corazón.

Su dulce hija, la señora TERESA PÉREZ DE PÉREZ, esposa del doctor Eduardo Pérez Benítez, aún en la flor de la edad voló hacia el Empíreo, patria ideal de los buenos, de los que no cultivan en la tierra sino flores de virtudes, de los que ciñen corona de merecimientos, de los que enderezan sus pasos por ruta de luz hacia el Deber.

Inteligente, bella, espiritual, buena hija, esposa leal y apasionada, madre amantísima, TERESA deja entre los suyos el imponderable vacío que producen en el corazón humano la esperanza que huye, la dicha que se desvanece, la alegría que muere; y ni la dulce resignación cristiana ni el influjo del tiempo podrán calmar la intensa pena en que su prematura desaparición ha sumido á las familias Pérez.

La sociedad caraqueña, que apreciaba sus exquisitas cualidades, que se enorgullecía de sus virtudes, que la tenía en la más alta estima, vierte también lágrimas de dolor sobre la recién abierta huesa donde descansan para siempre los mortales despojos de la joven matrona, y hace suya esta desgracia, que la ha conmovido en lo más íntimo.

A las familias Pérez y demás deudos de TERESA, presentamos por medio de estas líneas el testimonio de nuestra pena.

NUEVO LIBRO

Nuestro buen amigo y colaborador J. I. Vargas Vila publicará en breve una hermosa colección de cuentos con el sugestivo título de DEL OPIO.

Las producciones de este joven escritor llevan el sello de la originalidad y del buen gusto, por lo cual auguramos á DEL OPIO brillante camino de triunfos.

La edición del nuevo libro de Vargas Vila se hace en los talleres de nuestra empresa.

CONDOLENCIA

Ha muerto el señor doctor ANTONIO M DÍAZ, heredero de un nombre ilustre por la honradez y la virtud del trabajo.

Fue su padre nuestro respetable amigo el señor Juan Díaz Chaves.

Paz á sus restos.

¡MALDITA JUVENTUD!

Hemos recibido, con dedicatoria que agradecemos, un ejemplar de la nueva producción literaria que, con el título indicado, ha dado últimamente á la estampa el señor R. Arévalo González.

Leeremos con gusto la novela del señor Arévalo González, y le damos las gracias por el ejemplar con que nos ha obsequiado.

PESAME

En la quincena pasada dejó de existir en esta ciudad el señor TEÓFILO ALDREY JIMÈNEZ, padre de una numerosa familia á quien lega herencia de virtudes ejemplares.

A sus deudos todos y muy especialmente á su hermano Mario Aldrey Jiménez, enviamos nuestra palabra de pésame.

NECROLOGIA

La mano trágica de la inexorable segadora no se cansa de tronchar existencias meritorias y útiles á la sociedad venezolana. El 29 próximo pasado fueron conducidos á la última morada los restos mortales del señor MANUEL M. MARTINEZ, quien en su largo tránsito por la vida supo de todas las bellas cualidades, de todos los sentimientos que sólo recaban alabanzas merecidas y cariño perdurable.

Duerma en paz el excelente ciudadano, el respetable padre de familia, y crean todos los suyos que nos hacemos partícipes del justo y profundo dolor que hoy llena de lágrimas el virtuoso hogar del extinto.

NOTA TRISTE

En el vecino pueblo de El Valle dejó de existir el sábado 27 de los corrientes el señor Francisco Hernández Ustáriz.

Sensible pérdida ésta que no sólo lleva el dolor al seno de una familia muy distinguida, sino que conmueve hondamente al hogar venezolano para quien tuvo siempre el señor Hernández Ustáriz el caudal de sus luces y el tesoro de sus virtudes acendradas.

Su clara inteligencia estuvo constantemente al servicio del bien y su vida ejemplar deja recuerdo imperecedero en el mundo de los vivos.

Reciban sus deudos nuestra sentida condolencia.

M Plehve, Ministro del Interior de Rusia, asesinado el 28 de julio

NUESTROS GRABADOS

Fantasía

La belleza no tiene patria. Ella vive, serena y radiosa, en la campiña, bajo el humilde techo pajizo; á orillas del mar, en la choza del pescador; en la bulliciosa ciudad, bajo las soberbias arcadas del palacio.

La belleza es flor de luz que se produce en todas las latitudes, bajo todos los cielos. Y en todas partes, dondequiera que impere, el homenaje de los hombres á la belleza es el mismo, dulce y apasionado, ardiente y conmovedor.

Diez años de guerra cruel y la completa destrucción de Troya, patentizan el terrible poder de la belleza.

Primera nube de verano

Ella se aleja tristemente por la calle de árboles que sombrean el poético parque, poblado de arrullos y de fragancias. Y él, en rústico banco, en actitud melancólica, acaso reconstruye en su mente la escena final llena de pudorosas negativas, de dulces reconvenciones, de tímidos reproches.

Es la primera nube de verano que pasa por la frente de los jóvenes amantes, manchando la albura de los ensueños, hiriendo débilmente el ala azul de las ilusiones.

Pero esa nubecilla, asaz efímera, desaparecerá en breve. El primer encuentro de las miradas, la primera sonrisa, la primera frase será bastante para disiparla; y en aquellos felices corazones imperará de nuevo el inmaculado blancor de los ensueños.

Beethoven

Este gran artista nació en Bon el 17 de diciembre de 1770.

Como el dulce Mozart, Beethoven tuvo también por padre un músico, tenor de la capilla del elector de Colonia.

¿Quién no conoce las sinfonías y las sonatas del gran maestro? En ellas—dice un crítico francés—podía abandonarse á los caprichos de su imaginación, describir los elementos, prestar al alma un lenguaje abstracto é impersonal. Por este camino, su marcha arrebata unas veces, es caprichosa otras, vertiginosa á ratos, con frecuencia anhelosa y larga.

Uno de los rasgos de sus costumbres, frecuente en algunos grandes hombres, fue la distracción. Llegó á olvidar la fecha de su natalicio; se daba dos años menos de los que tenía realmente; y sin duda, no por coquetería. Era distraído hasta el punto que un día en Viena le ocurrió entrar en un restaurant, pedir la lista, y en vez de elegir, ponerse á escribir al dorso lo que de improviso le soplaba la musa. Hételo ya, soñando, escribiendo, abismado, sin acordarse ni del lugar, ni del por qué había ido allí. Después de haber convertido la lista en una partitura, se levanta y pregunta al mozo que debe.—«No debe usted nada, porque no ha comido usted todavía.

—¡Cómo! ¿estás seguro de que no he comido?

—Ya lo creo.

—Pues bien, traeme algo. Lo que tú quieras.»

Tales defectos y errores son el escote que suelen pagar los hombres superiores.

La gallina ciega

Antiguo y popular es el juego que sirve de argumento al artista Chocarne-Moreau para su excelente pintura.

No hay ciudad, ni villorrio, ni caserío cuya bullanguera y traviesa chiquillería no haya jugado alguna vez á la *gallina ciega;* y, según Iriarte, hasta en el reino de los seres irracionales había quienes se entregasen á las delicias del inocente pasatiempo:

«Varios animalitos,
todos de cuatro pies,
á la *gallina ciega*
jugaban una vez».....

El trabajo pictórico, ejecutado con gracia y maestría, hace honor al talento del artista francés.

Castigo de una Cantinera

El asunto se refiere á una costumbre añeja, propia del ejército francés de la primera República.

La joven cantinera, convicta y confesa del delito de encubridora—*recel* que dicen los franceses—es condenada al más vergonzoso de los suplicios. Completamente desnuda, como el personaje del bello poema de Byron, sobre pacífico asno la pasean á la vista del jovial regimiento. Las impertinentes miradas, las sonrisas burlonas y las picantes puyas de aquellos alegres militares caen como sutiles saetas sobre la infeliz muchacha y la obligan, llena de sonrojos, á cubrirse el rostro con las manos.

El lienzo de Delahaye es una inestimable joya de galería.

La tentación

Deslumbrante y hermosa como las visiones de un sueño de opio, ella pasea sus fastuosos atavíos por el cerebro de todos los hombres, y con mano invisible empuja voluntades y quebranta firmísimos votos. La tentación, como Proteo, se reviste de múltiples formas: en los sueños místicos del pudibundo santurrón es doncella encantadora y provocativa, cuyo transparente ropaje deja entrever la armonía de las formas vírgenes; en la agitada fantasía del tahur es áurea visión rica como un Pactolo, llameante como las facetas de mil piedras preciosas; en el espíritu de un burgués, ella, semejante á la vanidad, flota mintiendo grandezas ridículas, vacuos honores, mirajes engañosos; para la adolescencia femina adopta siempre la figura vaporosa é ideal de Ariel.

La tentación, tal cual no las presenta Achille es una alegoría harto elocuente, una representación del diablillo que á menudo mueve guerra al corazón humano.

El general conde Keller, muerto heroicamente en Ta-Ouan

Del Extremo Oriente

El paso de un destacamento japonés por una aldea coreana es el tema de uno de los fotograbados que aparece hoy en nuestra Revista. Los habitantes de la aldea agrupados desordenadamente allá y acullá, obstruyen la vía, ávidos de contemplar el desfile de las tropas amarillas, tan disciplinadas como aguerridas.

Interesante es la reproducción de una tropa japonesa al clavar la bandera victoriosa en la altura de Chu-Lieu Cheng.

Poseídos de épico entusiasmo coronan la difícil altura, y en el momento de colocar los queridos colores de la patria sobre la cumbre conquistada heroicamente, el mortífero fuego de un obús, salido de sus propias filas, apaga la vida de diez y seis japoneses.

Obsequiamos á nuestros lectores con otros fotograbados referentes al Extremo Oriente.

La velada

Las primeras horas de la noche transcurren amablemente al calor del hogar, en la dulce compañía de un libro sano, cuyas enseñanzas nutren y entretienen alegremente el espíritu.

La voz de la anciana, lenta y solemne, se eleva como la música de un órgano, y el reducido cenáculo escucha con religioso silencio, como si la voz de la lectora fuese el inspirado acento de un oráculo.

La velada es una página íntima, deliciosamente sencilla, donde Bail derrochó la gracia de su numen y el vigoroso colorido de su paleta.

El alma de los bosques

Precioso y sugestivo, como su título, es este cuadro de Edgar Maxence.

Es un grupo de figuras primoroso y fantástico, un ramillete de bellezas fresco y delicado como las flores de la selva.

En este hermoso trabajo demuestra Maxence en grado superior la gran regla de lo bello en las artes: la variedad en la unidad.

Escuela de Artes y Oficios

Las cinco fotografías que aparecen hoy en El Cojo Ilustrado, representan las diferentes secciones de la Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública de esta ciudad.

Debido á la progresista iniciativa del ciudadano Gobernador del Distrito, General R. Tello Mendoza, y á la eficaz cooperación del General Gutiérrez Méndez, Alcaide de la Cárcel Pública, es que pueden hoy los infelices recluidos en ésta, beber en las fuentes puras del trabajo que redime y hace olvidar penalidades.

Esta obra es á todas luces altruista, porque tiende á extirpar vicios inveterados, á despertar en el corazón de muchos hombres el amor al trabajo que es la base de todo bien.

De las vistas que engalanan nuestras columnas, cinco de ellas representan las siguientes secciones: Escuela primaria.—Taller de Alpargatería.—Taller de Sastrería.—Sección de Tejidos.—Taller de Carpintería.

La sexta vista es una copia de la Exposición formada con los diversos trabajos salidos de los talleres de la Escuela de Artes y Oficios.

Váyanle nuestros sinceros aplausos á los generales R. Tello Mendoza y Gutiérrez Méndez á cuyos generosos esfuerzos se debe la feliz realización de esta obra verdaderamente humanitaria.

SECCION RECREATIVA

Un nido flotante

Entre los nidos más curiosos que pueden encontrarse, uno verdaderamente notable es el de una especie de colimbo, el *Colymbus minor* de los ornitólogos, que pone sus huevos sobre una verdadera almadía. Consiste el nido de esta ave en una masa de tallos de plantas acuáticas entrelazados; estas plantas contienen en sus células gran cantidad de aire, que hace al nido más ligero que el agua.

El colimbo suele tener su nido inmóvil mientras está incubando; pero si observa la proximidad de algún enemigo, saca fuera una pata, é introduciéndola en el agua á manera de remo, se aleja, transportando el nido á un sitio más seguro. El conjunto parece una diminuta isla flotante, que se mueve gracias al impulso del ave, á la cual se ve medio oculta entre aquel montón de verdura.

Pleitos curiosos

Los Tribunales de París se vieron no hace mucho en un verdadero apuro para resolver una cuestión de herencia, curiosa por demás. La esposa del célebre escultor Daniel Dupuis, habiéndose vuelto loca, pegó un tiro á su marido é inmediatamente se mató á sí misma.

Hasta aquí el hecho tiene poco de particular; otros semejantes se conocen, aun sin mediar la enajenación mental. Pero es el caso que el matrimonio dejaba una cuantiosa fortuna, que debía ser para los parientes del que hubiese muerto el último, y como nadie presenció el drama, no era fácil discernir quién sobrevivió á quién. La familia de la mujer decía que, como la herida recibida por el escultor era de las que causan la muerte casi instantáneamente, éste debió morir primero; mas los parientes del marido alegaban que el cuerpo de éste aún estaba caliente cuando se encontró, mientras el de su esposa estaba frío como el mármol, lo que parecía probar que él murió después que ella.

No se ha hecho pública la decisión que puso término á tan singular contienda; pero en otro caso parecido, los Tribunales franceses demostraron verdedero ingenio para dar una solución.

Se trataba aquí de una mujer que fue muerta, juntamente con sus dos niños, por un ladrón. El marido reclamó los bienes de la víctima, en contra de los parientes de la misma, y el caso quedó reducido á saber si los hijos habían sobrevivido á su madre, pues de ser así, el padre tenía la razón de su parte.

El abogado que defendía los intereses del padre encontró un curioso argumento en su favor: el ladrón, al cometer el crimen, debió procurar librarse primero de la persona de más edad, por ser un enemigo más temible, y por consiguiente, la madre hubo de morir antes que los hijos.

Los jueces, ante argumento tan lógico, no pudieron menos de fallar en favor del viudo.

El naufragio del *Drummond Castle*, en 1896, dió lugar á otro problema del mismo género. Entre las víctimas estaban un pastor protestante y su esposa; el cadáver del primero no pudo encontrarse, pero el de la señora fue hallado flotando sobre las olas y pudo ser enterrado en su país. En el testamento del pastor dejaba éste la mitad de sus bienes á su mujer y la otra mitad á su hijo; pero la mujer había muerto también, y para decidir á quién correspondía su parte se acudió á los Tribunales. El abogado de los parientes de la mujer alegaba que como el cuerpo del marido no había aparecido por ninguna parte, mientras el de ella sí, estaba claro que aquél se había hundido con el barco, perdiendo la vida inmediatamente, mientras ella debió luchar algún tiempo con las olas.

Por plausible que parezca esta teoría, el tribunal la rechazó, por juzgarla imposible de demostrar.

Un caso que resultó de un terrible incendio en Londres, hace pocos años, es también digno de mención. Una señora anciana y su hija única perecieron entre las llamas, y en seguida surgió el conflicto respecto al destino de los bienes que habían dejado.

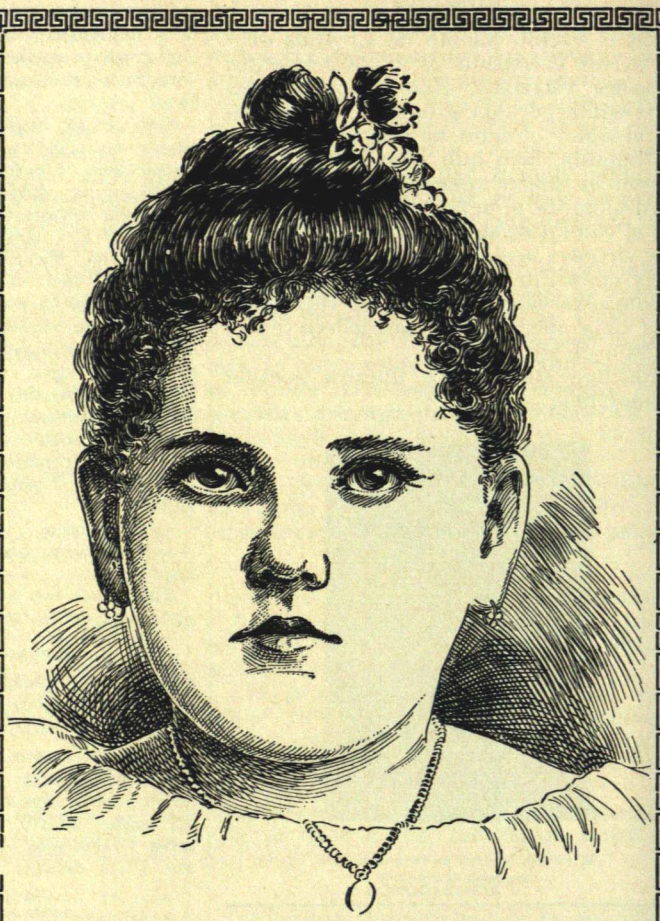
La cuestión se reducía, como en los casos anteriores, á decidir cuál de las dos infelices había sucumbido antes al terrible elemento. Por una parte, parecía que la madre, siendo débil y achacosa, y por consiguiente poco apta para tratar de huir, debió ser la primera víctima; por otro lado, como el instinto de conservación es la primera de las leyes naturales, la hija debió hacer toda clase de esfuerzos para escapar del edificio incendiado, y bien pudo perecer entre las llamas antes de que éstas alcanzasen á su madre.

Pero una vez más los Tribunales se negaron á adoptar ninguno de los dos argumentos, y el problema continúa sin resolver hasta ahora.

Lo mismo sucede con otra cuestión de la misma clase, surgida por haber muerto ahogados, en un mismo día, un caballero y su señora. Los parientes de ésta, para demostrar que ella era la que había sobrevivido, apelaron al cariño natural en el esposo, diciendo que sus primeros esfuerzos debió emplearlos en tratar de salvar á la mujer, y que, rendido por estos mismos esfuerzos, él debió ser el primero en perecer.

El más ruidoso de los pleitos recientes de ese género fue el originado por la muerte del matrimonio americano Fair. Ambos cónyuges eran millonarios y jóvenes, no tenían hijos, y en sus testamentos se dejaban el uno al otro su fortuna.

Viajando por Francia en automóvil, éste sufrió un terrible accidente y el matrimonio fue hallado muerto. ¿Cuál de los dos había expirado el último, y por lo tanto había heredado al otro? ¿El marido, ó la mujer? La solución del problema era muy interesante para los herederos, que en vez de repartirse amistosamente aquellos millones, se pusieron á pleitear. Dos ciclistas, uno de ellos médico ó notario, que habían visto desde lejos el accidente, prestaron una declaración que favorecía las pretensiones de los herederos de la mujer; los herederos del marido acusaron de falsarios á los ciclistas, y hasta lograron tener preso á uno de ellos.



LA NIÑA CARMEN NEYRA, hija de Don José Neyra, Belascoaín 13, Habana, Cuba, fué atacada de tumores, á causa del artritismo (inflamación de las articulaciones) y estuvo bastante mal. El Dr. Muñoz Bustamante, con medios externos y la legítima **Emulsión de Scott** logró colocarla como hoy se encuentra, perfectamente bien. La niña está completamente curada. Por la pureza de sus ingredientes la **Emulsión de Scott** legítima destierra estos malos de raíz.

Exíjase la verdadera Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas y rechácense las imitaciones. Los consumidores deben poner especial cuidado y observar que el nombre Scott y Bowne y el triángulo con las palabras *Perfect, Permanent, Palatable* aparezca en cada frasco. Téngase cuidado también con las preparaciones que han adoptado nombres similares, esto es que á primera vista pueden confundirse con el de la legítima Emulsión de Scott.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

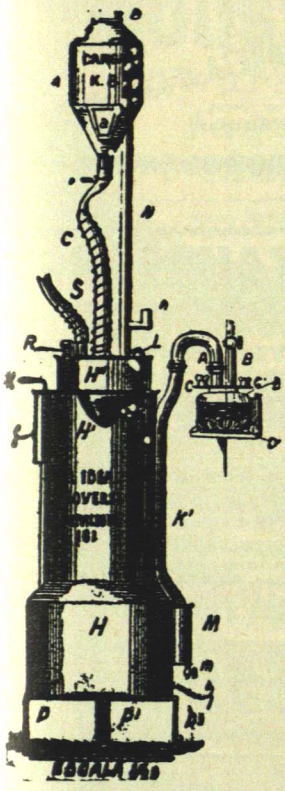
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera á $ 17 los kilos 100 netos—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL á caída de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Rovers—Panadería Solís General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados

Carga de k 1 á k 50 — Valor: de $ 10 á $ 250

Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes

Teléfono 686 CARACAS

GATHMANN HNOS.

Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Surtido más completo

*

Garantía absoluta

*

Trato más esmerado

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

EXIJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIFLEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del *Hígado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumastismos*, *Fiebres Palúdicas y Perniciosas*, la *Disentería*, la *Grippe o Influenza*, las enfermedades del *Cutis*, las *Lombrices* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas*.

Rehúsese todo antiflemático que no lleve la Firma Paul GAGE

Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, F.co de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris

y en todas las farmacias

DEL Dr GUILLIE

ZAPATERIA MODERNA

GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos

para calzado de Señoras, Caballeros y Niños

CORTADOR DE PRIMERA CLASE

D. Guánchez, Hijo & Ca.

CARACAS

Gradillas á Sociedad Número 6

TELEFONO 239

INFLUENZA ★ RACHITIS

ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Sencillez y sinceridad.—Ambas cosas se encuentran en el siguiente testimonio del doctor Ramón Aveledo Urbaneja:

"Varias veces he usado con buen éxito la Emulsión de Scott, no teniendo que arrepentirme de su empleo. Gracias á ella, he visto muchos enfermos reponerse, sobre todo á los escrofulosos y convalecientes de graves enfermedades. Como reconstituyente, es una buena preparación."

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fcia G. SEGUIN, PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Cómo se conoce la sangre de cada individuo

Se cuenta que, con motivo de un asesinato, el juez de instrucción, llevado de su celo, encargó á un químico que averiguara si ciertas manchas de sangre pertenecían á un militar ó á un civil.

Esto, que antes era una inocentada, ha dejado de serlo. Dos austriacos estudiaron desde 1900 el medio de distinguir la sangre de distintos individuos, y M. Florence acaba de comprobar sus resultados.

Se sabe que la sangre—tanto humana como de otro sér cualquiera—puede compararse, de groso modo, á una sopa en la que los glóbulos rojos serían la pasta ó tapioca, y el suero el caldo. Pero los glóbulos rojos de un individuo determinado, después de aislados, reaccionan de diversa manera al adicionarle suero, aglutinándose ó no, según de quien proceda el suero. Es decir que no hay dos sangres completamente idénticas, y que unas no hacen buen consorcio con otras. De aquí, tal vez, la delicadeza de la transfusión.

Los resultados, si bien no son decisivos ni á veces constantes, son bastante animosos. Los glóbulos de algunos individuos no han podido aglutinarse con ningún suero, ni propio ni de otro; en otro caso, la aglutinación sólo la producía el suero de un sólo individuo, y finalmente algunos se aglutinaban con ciertos sueros, y con otros no.

Hay, sobre todo, un resultado constante de gran importancia: que el suero de un individuo nunca aglutina sus propios glóbulos.

La consecuencia es interesantísima para la medicina legal, pues permite, en todo caso, comprobar que cierta sangre no pertenece á un individuo determinado.

Varia

La Academia de Ciencias de Viena tiene en su biblioteca depósitos de cilindros fonográficos divididos en tres secciones: en la primera están los impresionados en todas las lenguas y dialectos que se conocían al terminar el siglo XIX; la segunda guarda las producciones musicales, y la tercera sección se compone de los cilindros impresionados con discursos de personajes célebres ó frases y anécdotas de los mismos.

Aun cuando en el Japón no se fabricaba papel continuo, se hacían hojas de tan grandes dimensiones que cualquiera podría tomarlas por tales, pues muchas veces tenían tres, cuatro y hasta cinco metros de largo.

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** *reemplaza con ventaja el Aceite de Higado de Bacalao.*

Excita el apetito *y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las* **Mujeres** *(colores pálidos, épocas dolorosas) y de los* **Niños** *(escrófulas, usagres, etc.*

SE VENDE

F. COMAR & FILS
PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS
619

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO**, las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**, las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9 *bis, Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito.
contra las diversas **Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma,** etc.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*
AMPOLLAS ESTERILIZADAS
para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cie. 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

HIERRO QUEVENNE
Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro **INALTERABLE** en los paises cálidos
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNIÓN DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

EXIJAN Vds.
sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en encarnado.
Las **PILDORAS** *Purgativas y Depurativas* del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**
Ningún Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

Los japoneses, alumnos de Napoleón I

Es preciso no admirarse, si las estratagemas japonesas censuran de un modo horrible los telegramas que se envían por medio de ellos, si ensalzan siempre la potencia de su armada, si prohiben revelar su composición númerica, lo mismo que cuidan de no disminuir sus éxitos... No hacen otra cosa que seguir la enseñanza de Napoleón I, el cual escribía á su hermano José Bonaparte, rey entonces de España:

« Nada es más contrario á las reglas militares que hacer conocer el efectivo de su ejército, sea en las órdenes del día y proclamas, sea en los periódicos; cuando se está obligado á hablar de sus fuerzas, se las debe presentar como formidables, *doblando ó triplicando su número;* si, por el contrario, se habla del enemigo, se le debe presentar en la mitad ó el tercio, pues en la guerra todo es cuestión de moral.»

Y al fin de la campaña de 1813, tras un éxito comunicado por el mariscal Ney, escribía á su ministro del Interior:

« Haced poner en los diarios que ha alcanzado una gran victoria el ejército; que no tiene enfermos ni desertores, y que, por el contrario, se le han unido muchos reclutas.»

Vemos, pues, que los japoneses no hacen nada nuevo.

¿Debemos destruir los sapos?

No sólo no debieran destruirse, sino que en los campos de cultivo, especialmente en los viñedos, debiera favorecerse su multiplicación. En una Memoria presentada á la Sociedad de Agricultores franceses, se ha demostrado que, en los viñedos, las diversas especies de coleópteros, *estribanos*, gorgojos, etc..., que atacan la vid por los brotes y se retiran á la tierra de al rededor de la cepa, á uno ó dos centímetros de profundidad, no tienen otro enemigo conocido que el sapo. Los caza al anochecer, poniéndose en acecho y atrapándolos con la lengua; cada vez que coge uno se oye un ruido muy particular.

Abierto uno de estos batracios, se han encontrado en su estómago unos treinta insectos. ¡Cuántos no destruirá en cada noche, y cuántos en una estación del año!

Cada vez que se mata un sapo se asegura la vida á millares de insectos. Y otro tanto puede decirse del erizo, la culebra y todos los reptiles.

El lunar, marca universal

La mayor parte de las personas que sin ninguna intención aseguran no tener lunar alguno, es porque no se han fijado bien en sí mismas.

Es muy probable que no haya un solo sér humano sin su lunar correspondiente; podrá ser sumamente pequeño, pero no faltará nunca.

Muchas personas tienen más de un lunar; generalmente, las que tienen uno en la cara poseen otro en alguna parte del cuerpo, con la particularidad de que entre la posición de ambos suele haber una relación constante. Un lunar en la frente, por ejemplo, implica otro en el pecho; uno en el ala de la nariz tendrá un semejante en el hombro ó en el brazo. Si el primero está en la barbilla, el segundo se hallará en un pie; si aquél se halla en el cuello, éste se encontrará en un muslo ó en un brazo, y á un lunar en la oreja corresponde otro en un costado.

Los lunares no desaparecen nunca; á lo sumo varían ligeramente de color; pero aun esto es muy raro, y lo común es que los lunares conque una persona nace, permanezcan inalterables hasta su muerte.

El cangrejo de luz

Desde hace mucho tiempo no se había encontrado en el mar un sér tan curioso como el enorme cangrejo que del fondo del Océano Indico ha sido sacado recientemente.

Cuando se pescó este cangrejo era de día, y como la luz del sol tropical impedía ver en aquél cualquier cosa de particular que no fuese su gran tamaño, se le metió en un gran tanque, donde había otros ejemplares de crustáceos y peces; puede imaginarse cuál sería la sorpresa de los que le pescaron, cuando al hacerse de noche el cangrejo iluminó todo el interior del recipiente, de manera que cuanto éste contenía podía verse perfectamente.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
607

Precio 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pónse y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie — 5 St-Denis, 16

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

MAIZ-ORIZA

CONDE HNOS.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las **Maizenas** conocidas.

Para **postres, cremas y atoles,** no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa **no tiene rival.**

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, Nº 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

El amor y los rayos X

Ya es cosa demostrada científicamente que los gusanos de luz emplean su facultad lumínica como señal de amor. La hembra, cuando llega la época de la reproducción, mantiene su luz encendida hasta que todos los machos que hay por los al rededores se acercan á ella, y entonces escoge al que más le agrada.

Con esta observación se relaciona la de un naturalista japonés, que afirma que la luz de estos insectos, cuando pasa á través de ciertos medios, ofrece las propiedades características de los rayos descubiertos años atrás por el profesor Roentgen. Es muy posible que el ojo del gusano de luz esté formado de modo que sea sensible á estos rayos, que nosotros no podemos notar si no empleamos una pantalla flourescente.

Si realmente es así, los gusanos machos no podrán ser nunca engañados por las apariencias, pues gracias á esta circunstancia, el interior de su amada estará lejos de ser para ellos un misterio. Los poetas pueden sacar de aquí una bonita imagen para sus cantos de amor, y pronto leeremos que el alma de tal ó cual enamorada doncella se manifestaba al exterior como la de la *gusana* de luz.

El té

La planta que produce el té, tan común en China y el Japón, parece ser que es originaria del Asam superior. El uso del té es antiquísimo en China, pues el célebre libro *Pentsao* menciona esta planta 2.700 años (a. C.) y el *Kya*, 500 ó 600 años antes de nuestra éra.

Hay una tradición japonesa, según la cual, en el primer tercio del siglo VI llegó al Celeste Imperio un tal Darma, que alcanzó tanto prestigio, que hasta le erigieron estatuas. Este Darma había hecho voto de no dormir jamás; pero vencido por el sueño, quedóse dormido, bien á pesar suyo. Tal ira le dió esto cuando despertó, que, con objeto de que no volviera á ocurrirle y para no ser igual que los demás mortales, tuvo la idea peregrina de cortarse los párpados.

De esos párpados, dice la leyenda, brotaron admirables arbolillos, y desde entonces posee la humanidad la planta del té.

"Carmen Sylva" y los escritores pobres

La reina Isabel de Rumania, conocida en el mundo de las letras con el seudónimo de *Carmen Sylva*, acaba de tener un rasgo admirable que le granjeará la gratitud de los escritores de todos los países.

En efecto; según leemos en *Le Gaulois*, la bella soberana ha cedido su espléndido castillo de Sorenheim, situado en las poéticas márgenes del Rhin, á los literatos pobres ó enfermos, sin distinción de nacionalidad, y que se encuentren absolutamente imposibilitados de ganar su subsistencia.

Los cinco modos de reirse

Las diferentes clases de risa han sido estudiadas por un sabio francés, el cual afirma que hay cinco risas distintas, correspondientes á cada una de las cinco vocales. Además, estas risas en A, E, I, O y U, están en relación con cinco caracteres morales, perfectamente diferentes.

Una risa en A denota un carácter franco, leal y noble; es la risa característica de las psrsonas que gustan del ruido, del movimiento, y que están contentas de vivir. La risa en E es más propia de los temperamentos flemáticos. Los que se ríen con la I son siempre gente buena é inocente; esta es la risa de las personas sencillas y de los niños. La O es la vocal propia de la risa de los héroes. En cuanto á la risa en U, la menos frecuente de todas, está reservada para los misántropos.